

Feb 28/17

Tesoro de Autores Ilustres

OBRAS
DE
LUIS FIGUIER

DESPUES DE LA MUERTE

Entregas 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11 y 12.

BARCELONA

LIBRERÍA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR, IMPRESOR DE S. M.
CALLE DE ESCUDILLERS, NÚMERO 57.

1875.

7235

L47
4199

1841

Journal of Andrew Hunter

1841

LOUIS FIGHTER

DEPT. OF LA MORT

DEPT. OF LA MORT

DEPT. OF LA MORT

DEPT. OF LA MORT

bestia, que no es otra cosa sino el sistema de Stahl, y en la cual nos pinta al alma dirigiendo, inspirando y vigilando á la *bestia*, es decir, al cuerpo.

Stahl merece que se le trate con el mayor respeto. Estamos en el deber de honrar siempre su doctrina, que vino á sacar de los errores del mecanismo de Descartes á la filosofía médica del siglo XVIII, y que ha sido en el nuestro el gran agente de la restauracion del espiritualismo en medicina. Si la escuela de Paris ha abjurado en nuestros dias las opiniones materialistas de los Broussais y de los Cabanis, lo debe al estudio de Stahl que ha profundizado más; pues el sistema de filosofía vigente hoy en dicha escuela, no es más que el stahlismo acomodado al gusto científico de nuestro tiempo, segun hemos indicado más arriba. No debemos tampoco olvidar que la escuela de Montpellier ha debido mucho á Stahl, y que el vitalismo de Barthez no habria salido á luz probablemente sin el vitalismo de Stahl.

A pesar de esto, la doctrina de Stahl, tal cual la profesaba su inmortal fundador, ó tal como la han modificado en nuestros dias MM. Pidoux, Trousseau, Cayol, Chauffard, Sales-Girons, etc., no dá á nuestro juicio una cuenta exacta de la verdadera naturaleza del hombre y de los diferentes fenómenos que le distinguen en el estado de salud ó de enfermedad. La *unidad humana* nos parece un principio inaceptable: las consideraciones que nos mueven á desechar el *animismo* de los médicos ó de los filósofos contemporáneos son las siguientes:

La objecion fundamental contra el *animismo* consiste en que este sistema confunde dos fenómenos de un orden inconciliable; el acto intelectual y el acto vital, el pensamiento y la funcion fisiológica. Lo que caracteriza al alma, con arreglo á la idea que de ella debemos formarnos y segun las definiciones que se nos dán, es la inmateria- lidad y la inmortalidad: por el contrario, el carácter del

fenómeno vital es la mortalidad y la destructibilidad. El alma es eterna, pero la vida está condenada á perecer. La una hace esencialmente acto de voluntad; la otra se halla sustraída al imperio de la voluntad, porque la mayor parte de nuestras funciones naturales se efectúan independientemente de nosotros mismos, ¿Cómo esplicarse, pues, que un mismo agente produzca fenómenos de tan opuesta esencia? Decir que nuestra alma digiere, que hace que se contraigan nuestros vasos y nuestros tejidos, que dirige la circulacion de nuestra sangre, la traslacion de nuestros líquidos, la absorcion de las sustancias sólidas, líquidas y gaseosas; decir que el alma preside á la nutricion, al entretenimiento, á la reparacion de nuestros órganos; pretender que vela, cual un guardian fiel, por la conservacion de la salud; que lucha por sí misma contra el mal que nos amenaza; que se multiplica, como el jeneral en jefe de un ejército, para dirigir sus fuerzas al encuentro de la enfermedad, es alterar la idea que nos formamos del alma, de su naturaleza, de su mision y de su verdadera esencia.

La segunda objecion contra el *animismo*, así el antiguo como el moderno, consiste en que no tenemos de ningun modo conciencia de que nuestra alma esté encargada de la mision tutelar que le atribuye esa doctrina. Tenemos perfecta conciencia de la existencia de nuestro cuerpo y de las funciones naturales que tienen lugar en él; sabemos que digerimos, que late nuestro corazon, que nuestros pulmones respiran, pero ningun sentimiento interior nos dice que nuestra alma es la que preside á tales funciones, y que el agente misterioso que nos hace pensar, hace igualmente digerir nuestros alimentos ó latir nuestro corazon. Al consultar nuestra conciencia, su lenguaje seria de seguro contrario á esta asercion. El único sentimiento íntimo del alma es el de sus actos y de sus diversos estados.

Para responder á este sólido argumento, los defensores

contemporáneos del animismo dicen, con M. Bouillier que: « hay percepciones insensibles, es decir, fenómenos del alma que aun cuando sean muy reales, no dejan huellas en la conciencia (1) »; pero los fenómenos que atraviesan, por decirlo así, nuestra alma, sin dejar rastro en ella, no son más que impresiones de poca importancia y que no admiten comparacion con unos actos fisiológicos tan considerables, tan fundamentales como la digestion, la respiracion ó la generacion animal.

Este último pensamiento lo hallamos perfectamente expuesto y desarrollado en una excelente obra sobre Stahl, recientemente publicada por M. Alberto Lemoine, profesor de filosofía de la escuela normal de París. En su *Vitalismo y animismo de Stahl*, M. Lemoine refuta en los siguientes términos la idea de las *percepciones insensibles*, introducida por los animistas modernos:

«¿Qué razón hay para suponer que la hematosis, la construccion y el desarrollo del feto figuren en el número de esas percepciones insensibles, es decir, apenas sensibles? ¿Existe alguna analogía de naturaleza entre los ejemplos de esas clases de hechos que tan voluntariamente se citan y las funciones vitales? Las circunstancias que á unas y otras acompañan, los caracteres que presentan, ¿tienen acaso algunos puntos de semejanza? De la comparacion de las funciones vitales, con los hechos que desde Leibnitz acá se citan como ejemplos de percepciones insensibles, debe necesariamente deducirse que si las funciones de la vida fuesen actos de nuestra alma, nuestra alma debería tener el sentimiento más vivo y la conciencia más clara de ellos. ¿Y cuándo sucede, en efecto, que la conciencia se rodee hasta ese punto de tinieblas y descienda hácia el cero fatal é ideal, único que marcaría su eclipse momentáneo, pero total? ¿En qué circunstancias tiene lugar ese

(1) *Del principio vital y del alma pensadora*, pág. 347.

oscurecimiento? ¿Y cuando la actividad del alma se debilita ó divaga y pierde su fuerza diseminándola, no se oscurece la conciencia en la misma proporcion? Cítanse como ejemplos, la distraccion, el desvarío, el sueño, el letargo, el síncope, estados todos en que el alma no tiene al parecer velada la conciencia de lo que hace, sino porque no hace gran cosa. Si no tiene más que un sentimiento vago y débil de sus actos y de sus pensamientos, procede en efecto de que estos carecen de un objeto fijo y aquellos de un fin determinado. Los principios vitales no son precisamente así; la digestion, la hematosi, la formacion y el crecimiento del gérmen, no son actos sin fin determinado, á los que pueda bastar una causa negligente, y que obre con flojedad y sin esfuerzo; son, por el contrario, funciones cuyo objeto está tan determinado como enérgica es su causa. Si el alma lo fuera, no debería tener una conciencia oscura y confusa de sus funciones, sino la conciencia más luminosa y más persistente, porque la energía de la accion es la medida habitual de la claridad de la conciencia, y la causa de la vida no cesa de obrar sino con la vida misma.

»Estas percepciones insensibles son por lo demás inútiles para probar que el alma es el principio de los fenómenos vitales, si estos fenómenos son percepciones sensibles de que el alma tenga verdadera conciencia. Esta conciencia de las funciones vitales sería la prueba directa, esperada con tanta impaciencia cuanta es la confianza con que se ha anunciado, y á la cual ya es tiempo de llegar, pues sin ella aun no puede cantar victoria el animismo.

» Cuando se trata de consultar la conciencia para establecer un hecho, lo primero que cada cual interroga es la suya propia; tan solo para excitar las revelaciones de nuestra misma conciencia, como las de un testigo poco hablador, debemos consultar la de otro. Así pues, me interrogo; más aun; hace muchos años que me vengo ob-

servando, consultando, preguntando á menudo, en todas formas, larga, séria y expresamente; y despues de esta informacion, afirmo que no tengo ninguna conciencia, ni clara ni oscura, de que soy yo mismo la causa de las contracciones peristálticas de mis intestinos, á pesar de que he visto sus semejantes y de que sé que se contraen por el trabajo de la digestion: tampoco tengo conciencia de ser la causa, ya de la secrecion de la orina en mis riñones, ó ya de la bilis en mi hígado. No quiero, sin embargo, darme crédito á mí mismo; si mi conciencia permanece muda, tal vez no sea ciega, por lo cual me decido á consultar á aquellos cuya conciencia vé y habla (1).»

Añadamos que muchos y muy autorizados defensores del animismo, reconocen que el alma no tiene conciencia de los actos fisiológicos. Citaremos particularmente á M. Tissot, en su escelente libro: *La vida en el hombre* (2).

Otra importantísima consideracion contra el animismo es la de que en la época en que la vida ofrece verdaderos prodigios de creacion orgánica en el feto, cuando esta potencia debe reunir y desarrollar todas sus fuerzas, el alma no existe todavía. Este nombre no puede aplicarse más que á un principio inteligente y razonable: ahora bien, semejante principio falta absolutamente durante la vida intra-uterina.

De la muerte natural se deduce un postrer argumento contra el animismo. El alma es inmortal por su propia naturaleza: el principio de la vida es, por el contrario, perecedero. La muerte necesaria, la muerte causada por la senectud, se presenta, no por haberse gastado nuestros órganos, sino porque el principio de la vida ha agotado toda su energía, porque la facultad de vivir ha llegado

(1) *El vitalismo y el animismo de Stahl*; Paris, 1864, página 181.

(2) Paris, 1861, pág. 83.

á su último término. Fontenelle murió á los noventa y nueve años, « por la dificultad de vivir, » segun su propia expresion, sin que sus órganos presentaran una alteracion que pudiera explicar su muerte. Cornaro murió de la misma manera á los cien años cumplidos. Si el alma fuera el principio de la vida, seríamos inmortales, porque la materia no se gasta; es inalterable; se renueva sin cesar en nosotros, y hasta en el anciano es siempre joven, porque se reemplaza á medida del ejercicio de la vida.

M. Tissot, celoso defensor del animismo, no encuentra ninguna respuesta seria á esta objecion. En efecto, para explicar la muerte natural no basta decir con este sábio profesor:

« Una de las leyes del alma es tal vez la de permitir que decline el organismo, abandonarle á los agentes exteriores y favorecer de este modo su propia transformacion (1). »

Algunos filósofos han dirigido al animismo el reproche de que conduce al materialismo, y el mismo Stahl tuvo que defenderse de esta imputacion. En efecto, el principio de la vida es esencialmente perecedero; si se identifica la vida con el alma, la resurreccion, ó lo que es igual, la permanencia de nuestro principio espiritual, se halla muy comprometida. En este sentido ha podido decirse que los animistas son materialistas disfrazados.

Lordat ha reasumido en algunas frases enérgicas y concisas los principales argumentos contra la doctrina de Stahl.

« Hace más de cincuenta años, escribe el profesor de Montpellier, que demuestro á los que buscan la verdad sin idea preconcebida, lo arbitrario, lo falso, lo absurdo del stahlismo. Hago ver sus consecuencias, es decir, la identidad del dinamismo humano y el de las bestias, la

(1) *La vida en el hombre*, Paris, 1861, pág. 179.

divisibilidad del alma pensadora, y por consiguiente su mortalidad.

» El animismo está basado en una hipótesis tanto más absurda, cuanto que hiere continuamente el sentido íntimo humano; tiene por base la persuasión de que la causa de las funciones naturales es la misma que el principio de la inteligencia y de la voluntad. Para nosotros, es absurda la hipótesis que atribuye las funciones naturales é instintivas al alma pensadora.»

Aunque rechazamos el animismo como esplicacion de la naturaleza del hombre, pareciéndonos preferible el vitalismo de Barthez y de la escuela de Montpellier, no podemos, sin embargo, desconocer el papel considerable que desempeña el alma en muchas de las funciones naturales. La notable influencia que ejerce la imaginacion en muchos actos fisiológicos, la gran parte que toma el sistema nervioso en nuestras funciones fisiológicas, los incontestables fenómenos del sonambulismo natural y del sonambulismo provocado por los movimientos magnéticos, la insensibilidad que resulta del estado estático y del *hipnotismo*, es decir, de la magnetizacion, todo esto es innegable, y prueba la gran influencia del sistema nervioso en las acciones vitales. No obstante, esos mismos hechos nos privan de sacar de ellos cualquiera consecuencia positiva por su singularidad y oscuridad. Es imposible establecer teoría alguna sobre una base tan deleznable; es imposible tomar esos hechos como punto de partida para elevarse hasta la esplicacion de la naturaleza del hombre y declarar que el alma es el principio de todas las funciones de la economía viviente, sobretodo cuando nuestra conciencia permanece muda con respecto á la participacion del principio del pensamiento y de la voluntad en las operaciones de la vida animal.

Vitalismo Bartheziano. — Suponemos que esta discusion

sobre el animismo habrá demostrado al lector que el alma no puede en manera alguna identificarse con la vida, y que el sér humano no es único, esto es, compuesto solamente de un alma unida á un cuerpo. De esta manera hemos llegado al gran descubrimiento de Barthez, á la doctrina que ha venido á establecer una distincion radical entre el alma y la vida.

Barthez, médico francés del siglo pasado, profesor y canciller de la universidad de Montpellier, prueba que existen dos elementos diferentes en el hombre espiritual, á saber: el *alma* (ó lo que más adelante ha calificado Lordat de *sentido íntimo*) y la *fuerza vital*, ó la vida.

A esto es á lo que el fundador del vitalismo de la escuela de Montpellier ha dado el nombre de *doble dinamismo humano*.

Tan arraigadas estaban en la mente del ilustre canciller de la universidad de Montpellier sus convicciones con respecto á su sistema, que ha escrito, en un estilo algun tanto anticuado, pero que por esto mismo tiene más colorido, esta sentencia conminatoria con respecto á los que pusieran en duda (en dubitacion, segun sus palabras), la evidencia de este principio:

«*El doble dinamismo humano es un hecho cuya dubitacion dá pruebas de noviciado, y cuya negacion formal las dá de ignorancia relativa, que debería castigarse con enviar á la escuela á los que en ellas incurrieran (1).*»

Si al *doble dinamismo*, es decir, al alma y á la vida, se le agrega el cuerpo, tendremos la trilogia siguiente, que compone el *agregado humano*:

(1) *Nuevos elementos de la ciencia del hombre*.— La primera edicion de la obra de Barthez se publicó en latin, en 1773, con este titulo: *De principio vitali hominis*. En 1778 dió á luz su traduccion el mismo autor, con este otro: *Nuevos elementos de la ciencia del hombre*. La segunda edicion apareció en 1806, viviendo aun Barthez.

bestia, que no es otra cosa sino el sistema de Stahl, y en la cual nos pinta al alma dirigiendo, inspirando y vigilando á la *bestia*, es decir, al cuerpo.

Stahl merece que se le trate con el mayor respeto. Estamos en el deber de honrar siempre su doctrina, que vino á sacar de los errores del mecanismo de Descartes á la filosofía médica del siglo XVIII, y que ha sido en el nuestro el gran agente de la restauracion del espiritualismo en medicina. Si la escuela de Paris ha abjurado en nuestros días las opiniones materialistas de los Broussais y de los Cabanis, lo debe al estudio de Stahl que ha profundizado más; pues el sistema de filosofía vigente hoy en dicha escuela, no es más que el stahlismo acomodado al gusto científico de nuestro tiempo, segun hemos indicado más arriba. No debemos tampoco olvidar que la escuela de Montpellier ha debido mucho á Stahl, y que el vitalismo de Barthez no habria salido á luz probablemente sin el vitalismo de Stahl.

A pesar de esto, la doctrina de Stahl, tal cual la profesaba su inmortal fundador, ó tal como la han modificado en nuestros días MM. Pidoux, Trousseau, Cayol, Chauffard, Sales-Girons, etc., no dá á nuestro juicio una cuenta exacta de la verdadera naturaleza del hombre y de los diferentes fenómenos que le distinguen en el estado de salud ó de enfermedad. La *unidad humana* nos parece un principio inaceptable: las consideraciones que nos mueven á desechar el *animismo* de los médicos ó de los filósofos contemporáneos son las siguientes:

La objecion fundamental contra el *animismo* consiste en que este sistema confunde dos fenómenos de un orden inconciliable; el acto intelectual y el acto vital, el pensamiento y la funcion fisiológica. Lo que caracteriza al alma, con arreglo á la idea que de ella debemos formarnos y segun las definiciones que se nos dán, es la inmateria-
lidad y la inmortalidad: por el contrario, el carácter del

fenómeno vital es la mortalidad y la destructibilidad. El alma es eterna, pero la vida está condenada á perecer. La una hace esencialmente acto de voluntad; la otra se halla sustraída al imperio de la voluntad, porque la mayor parte de nuestras funciones naturales se efectúan independientemente de nosotros mismos, ¿Cómo esplicarse, pues, que un mismo agente produzca fenómenos de tan opuesta esencia? Decir que nuestra alma digiere, que hace que se contraigan nuestros vasos y nuestros tejidos, que dirige la circulacion de nuestra sangre, la traslacion de nuestros líquidos, la absorcion de las sustancias sólidas, líquidas y gaseosas; decir que el alma preside á la nutricion, al entretenimiento, á la reparacion de nuestros órganos; pretender que vela, cual un guardian fiel, por la conservacion de la salud; que lucha por sí misma contra el mal que nos amenaza; que se multiplica, como el jeneral en jefe de un ejército, para dirigir sus fuerzas al encuentro de la enfermedad, es alterar la idea que nos formamos del alma, de su naturaleza, de su mision y de su verdadera esencia.

La segunda objecion contra el *animismo*, así el antiguo como el moderno, consiste en que no tenemos de ningun modo conciencia de que nuestra alma esté encargada de la mision tutelar que le atribuye esa doctrina. Tenemos perfecta conciencia de la existencia de nuestro cuerpo y de las funciones naturales que tienen lugar en él; sabemos que digerimos, que late nuestro corazon, que nuestros pulmones respiran, pero ningun sentimiento interior nos dice que nuestra alma es la que preside á tales funciones, y que el agente misterioso que nos hace pensar, hace igualmente digerir nuestros alimentos ó latir nuestro corazon. Al consultar nuestra conciencia, su lenguaje seria de seguro contrario á esta asercion. El único sentimiento íntimo del alma es el de sus actos y de sus diversos estados.

Para responder á este sólido argumento, los defensores

contemporáneos del animismo dicen, con M. Bouillier que: « hay *percepciones insensibles*, es decir, fenómenos del alma que aun cuando sean muy reales, no dejan huellas en la conciencia (1) »; pero los fenómenos que atraviesan, por decirlo así, nuestra alma, sin dejar rastro en ella, no son más que impresiones de poca importancia y que no admiten comparacion con unos actos fisiológicos tan considerables, tan fundamentales como la digestion, la respiracion ó la generacion animal.

Este último pensamiento lo hallamos perfectamente expuesto y desarrollado en una excelente obra sobre Stahl, recientemente publicada por M. Alberto Lemoine, profesor de filosofía de la escuela normal de París. En su *Vitalismo y animismo de Stahl*, M. Lemoine refuta en los siguientes términos la idea de las *percepciones insensibles*, introducida por los animistas modernos:

«¿Qué razon hay para suponer que la hematosis, la construcccion y el desarrollo del feto figuren en el número de esas percepciones insensibles, es decir, apenas sensibles? ¿Existe alguna analogía de naturaleza entre los ejemplos de esas clases de hechos que tan voluntariamente se citan y las funciones vitales? Las circunstancias que á unas y otras acompañan, los caractéres que presentan, ¿tienen acaso algunos puntos de semejanza? De la comparacion de las funciones vitales, con los hechos que desde Leibnitz acá se citan como ejemplos de percepciones insensibles, debe necesariamente deducirse que si las funciones de la vida fuesen actos de nuestra alma, nuestra alma debería tener el sentimiento más vivo y la conciencia más clara de ellos. ¿Y cuándo sucede, en efecto, que la conciencia se rodee hasta ese punto de tinieblas y descienda hácia el cero fatal é ideal, único que marcaria su eclipse momentáneo, pero total? ¿En qué circunstancias tiene lugar ese

(1) *Del principio vital y del alma pensadora*, pág. 347.

oscurecimiento? ¿Y cuando la actividad del alma se debilita ó divaga y pierde su fuerza diseminándola, no se oscurece la conciencia en la misma proporción? Cítanse como ejemplos, la distracción, el desvarío, el sueño, el letargo, el síncope, estados todos en que el alma no tiene al parecer velada la conciencia de lo que hace, sino porque no hace gran cosa. Si no tiene más que un sentimiento vago y débil de sus actos y de sus pensamientos, procede en efecto de que estos carecen de un objeto fijo y aquellos de un fin determinado. Los principios vitales no son precisamente así; la digestión, la hematosiis, la formación y el crecimiento del gérmen, no son actos sin fin determinado, á los que pueda bastar una causa negligente, y que obren con flojedad y sin esfuerzo; son, por el contrario, funciones cuyo objeto está tan determinado como enérgica es su causa. Si el alma lo fuera, no debería tener una conciencia oscura y confusa de sus funciones, sino la conciencia más luminosa y más persistente, porque la energía de la acción es la medida habitual de la claridad de la conciencia, y la causa de la vida no cesa de obrar sino con la vida misma.

»Estas percepciones insensibles son por lo demás inútiles para probar que el alma es el principio de los fenómenos vitales, si estos fenómenos son percepciones sensibles de que el alma tenga verdadera conciencia. Esta conciencia de las funciones vitales sería la prueba directa, esperada con tanta impaciencia cuanta es la confianza con que se ha anunciado, y á la cual ya es tiempo de llegar, pues sin ella aun no puede cantar victoria el animismo.

» Cuando se trata de consultar la conciencia para establecer un hecho, lo primero que cada cual interroga es la suya propia; tan solo para excitar las revelaciones de nuestra misma conciencia, como las de un testigo poco hablador, debemos consultar la de otro. Así pues, me interrogo; más aun; hace muchos años que me vengo ob-

servando, consultando, preguntando á menudo, en todas formas, larga, séria y expresamente; y despues de esta informacion, afirmo que no tengo ninguna conciencia, ni clara ni oscura, de que soy yo mismo la causa de las contracciones peristálticas de mis intestinos, á pesar de que he visto sus semejantes y de que sé que se contraen por el trabajo de la digestion: tampoco tengo conciencia de ser la causa, ya de la secrecion de la orina en mis riñones, ó ya de la bilis en mi hígado. No quiero, sin embargo, darme crédito á mí mismo; si mi conciencia permanece muda, tal vez no sea ciega, por lo cual me decido á consultar á aquellos cuya conciencia vé y habla (1).»

Añadamos que muchos y muy autorizados defensores del animismo, reconocen que el alma no tiene conciencia de los actos fisiológicos. Citaremos particularmente á M. Tissot, en su escelente libro: *La vida en el hombre* (2).

Otra importantísima consideracion contra el animismo es la de que en la época en que la vida ofrece verdaderos prodigios de creacion orgánica en el feto, cuando esta potencia debe reunir y desarrollar todas sus fuerzas, el alma no existe todavía. Este nombre no puede aplicarse más que á un principio inteligente y razonable: ahora bien, semejante principio falta absolutamente durante la vida intra-uterina.

De la muerte natural se deduce un postrer argumento contra el animismo. El alma es inmortal por su propia naturaleza: el principio de la vida es, por el contrario, perecedero. La muerte necesaria, la muerte causada por la senectud, se presenta, no por haberse gastado nuestros órganos, sino porque el principio de la vida ha agotado toda su energía, porque la facultad de vivir ha llegado

(1) *El vitalismo y el animismo de Stahl*; Paris, 1864, página 181.

(2) Paris, 1861, pág. 83.

á su último término. Fontenelle murió á los noventa y nueve años, « por la dificultad de vivir, » segun su propia expresion, sin que sus órganos presentaran una alteracion que pudiera explicar su muerte. Cornaro murió de la misma manera á los cien años cumplidos. Si el alma fuera el principio de la vida, seríamos inmortales, porque la materia no se gasta; es inalterable; se renueva sin cesar en nosotros, y hasta en el anciano es siempre j6ven, porque se reemplaza á medida del ejercicio de la vida.

M. Tissot, celoso defensor del animismo, no encuentra ninguna respuesta séria á esta objecion. En efecto, para explicar la muerte natural no basta decir con este sábio profesor:

« Una de las leyes del alma es tal vez la de permitir que decline el organismo, abandonarle á los agentes exteriores y favorecer de este modo su propia transformacion (1). »

Algunos filósofos han dirigido al animismo el reproche de que conduce al materialismo, y el mismo Stahl tuvo que defenderse de esta imputacion. En efecto, el principio de la vida es esencialmente perecedero; si se identifica la vida con el alma, la resurreccion, ó lo que es igual, la permanencia de nuestro principio espiritual, se halla muy comprometida. En este sentido ha podido decirse que los animistas son materialistas disfrazados.

Lordat ha reasumido en algunas frases enérgicas y concisas los principales argumentos contra la doctrina de Stahl.

« Hace más de cincuenta años, escribe el profesor de Montpellier, que demuestro á los que buscan la verdad sin idea preconcebida, lo arbitrario, lo falso, lo absurdo del stahlismo. Hago ver sus consecuencias, es decir, la identidad del dinamismo humano y el de las bestias, la

(1) *La vida en el hombre*, Paris, 1861, pág. 179.

divisibilidad del alma pensadora, y por consiguiente su mortalidad.

» El animismo está basado en una hipótesis tanto más absurda, cuanto que hiere continuamente el sentido íntimo humano; tiene por base la persuasión de que la causa de las funciones naturales es la misma que el principio de la inteligencia y de la voluntad. Para nosotros, es absurda la hipótesis que atribuye las funciones naturales é instintivas al alma pensadora.»

Aunque rechazamos el animismo como esplicacion de la naturaleza del hombre, pareciéndonos preferible el vitalismo de Barthez y de la escuela de Montpellier, no podemos, sin embargo, desconocer el papel considerable que desempeña el alma en muchas de las funciones naturales. La notable influencia que ejerce la imaginacion en muchos actos fisiológicos, la gran parte que toma el sistema nervioso en nuestras funciones fisiológicas, los incontestables fenómenos del sonambulismo natural y del sonambulismo provocado por los movimientos magnéticos, la insensibilidad que resulta del estado estático y del *hipnotismo*, es decir, de la magnetizacion, todo esto es innegable, y prueba la gran influencia del sistema nervioso en las acciones vitales. No obstante, esos mismos hechos nos privan de sacar de ellos cualquiera consecuencia positiva por su singularidad y oscuridad. Es imposible establecer teoría alguna sobre una base tan deleznable; es imposible tomar esos hechos como punto de partida para elevarse hasta la esplicacion de la naturaleza del hombre y declarar que el alma es el principio de todas las funciones de la economía viviente, sobretudo cuando nuestra conciencia permanece muda con respecto á la participacion del principio del pensamiento y de la voluntad en las operaciones de la vida animal.

Vitalismo Bartheziano. — Suponemos que esta discusion

sobre el animismo habrá demostrado al lector que el alma no puede en manera alguna identificarse con la vida, y que el sér humano no es único, esto es, compuesto solamente de un alma unida á un cuerpo. De esta manera hemos llegado al gran descubrimiento de Barthez, á la doctrina que ha venido á establecer una distincion radical entre el alma y la vida.

Barthez, médico francés del siglo pasado, profesor y canciller de la universidad de Montpellier, prueba que existen dos elementos diferentes en el hombre espiritual, á saber: el *alma* (ó lo que más adelante ha calificado Lordat de *sentido íntimo*) y la *fuerza vital*, ó la vida.

A esto es á lo que el fundador del vitalismo de la escuela de Montpellier ha dado el nombre de *doble dinamismo humano*.

Tan arraigadas estaban en la mente del ilustre canciller de la universidad de Montpellier sus convicciones con respecto á su sistema, que ha escrito, en un estilo algun tanto anticuado, pero que por esto mismo tiene más colorido, esta sentencia conminatoria con respecto á los que pusieran en duda (en dubitacion, segun sus palabras), la evidencia de este principio:

«*El doble dinamismo humano es un hecho cuya dubitacion dá pruebas de noviciado, y cuya negacion formal las dá de ignorancia relativa, que debería castigarse con enviar á la escuela á los que en ellas incurrieran* (1).»

Si al *doble dinamismo*, es decir, al alma y á la vida, se le agrega el cuerpo, tendremos la trilogia siguiente, que compone el *agregado humano*:

(1) *Nuevos elementos de la ciencia del hombre*.—La primera edicion de la obra de Barthez se publicó en latin, en 1773, con este titulo: *De principio vitali hominis*. En 1778 dió á luz su traduccion el mismo autor, con este otro: *Nuevos elementos de la ciencia del hombre*. La segunda edicion apareció en 1806, viviendo aun Barthez.

- 1.º El cuerpo ;
- 2.º El alma , ó *sentido íntimo* de Lordat ;
- 3.º La vida , ó el *principio vital* de Barthez.

Vamos á tratar de bosquejar los caracteres peculiares á estos tres elementos del hombre, y de establecer su individualidad distintiva.

No es difícil distinguir el cuerpo de los otros dos elementos ; puesto que se individualiza por sí mismo. Por su materialidad , se distingue de la vida ; por su destructibilidad , del alma.

En cuanto á las diferencias que separan entre sí al alma y la vida, es más difícil ponerlas en relieve. Hé aquí los principales de estos caracteres diferenciales.

1.º El alma es inmaterial, inmortal, indestructible. El pensamiento, la conciencia y la voluntad son sus dotes características. No está sujeta ni á la extenuacion, ni á la decrepitud, ni á la muerte ; no es accesible á la más leve influencia del tiempo ; lejos de debilitarse por el ejercicio, se acrece, se exalta y se perfecciona progresivamente por el empleo regular de sus facultades.

La vida , ó *principio vital* de Barthez, no es ni material ni inmortal, y esto precisamente la distingue del alma y del cuerpo. La vida, lo mismo que el calor y la electricidad, es una fuerza engendrada por ciertas causas ; después de haber tenido su principio, tendrá su fin, y un fin sin retorno. Puesto que la vida es una fuerza, no puede ser material, pero sí destructible, y perece después de un tiempo normal ; no es inmortal como el alma.

2.º La vida es transmisible, mientras que el alma no lo es. La vida se comunica de un individuo á otro por medio de la generacion, por reproduccion y por herencia. Contendida en los líquidos y en los sólidos, en los principios inmediatos químicos del organismo, la vida encuentra en el seno de la madre, donde ha sido depositado el germen que

la encierra, los elementos materiales necesarios para su desarrollo. Se sirve de estos elementos para fabricar los órganos, y para constituir al nuevo individuo físico que debe suceder á los padres.

3.º La vida es una potencia esencialmente arquitectónica, plástica, organizadora. Tan solo este arquitecto obra instintivamente; no tiene conciencia de sus actos; es inconsciente é insciente. El principio vital despues de haber creado el cuerpo humano, vela por su conservacion constante, estando dotado de esas cualidades conservadoras tutelares que Stahl atribuia al alma. Esta, por el contrario, tiene conciencia de sus actos; es la inteligencia misma, la inteligencia en su esencia más esquisita.

4.º La vida está sujeta á un desarrollo, á una culminacion, y despues á una estenuacion gradual, que termina por una destruccion final. La vida desaparece así como el cuerpo se destruye. Estas dos antorchas pierden progresivamente sus fulgores y se extinguen sin que puedan volver á encenderse. Por el contrario, el alma no hace más que perfeccionarse por la vejez y el ejercicio.

«La fuerza vital, dice Lordat, en su curso natural, crece, se desarrolla, se refuerza durante la mitad de la duracion de la vida humana; pero en la segunda mitad de esta carrera, se presenta un decrecimiento proporcional, una *vejez* progresiva del sistema corporal, cuyo término infalible es la muerte. La potencia siquiátrica (el alma) no sufre necesariamente esta decadencia; si las enfermedades no le ponen obstáculos, de ella depende aumentar indefinidamente su valor hasta el término de la vida; de suerte que el instante de la muerte senil, de la muerte acompañada del último grado de la decrepitud, puede ser tambien el momento en que la inteligencia haya ostentado el mayor grado de la elevacion, de la capacidad, de la precision y de la sagacidad de que es susceptible. Síguese de aquí que sabemos con una certeza experimen-

tal, que la fuerza vital debe extinguirse y que la muerte del sistema es infalible; pero que es filosófica é inductivamente imposible decir otro tanto de la potencia siquiátrica, puesto que no ha sentido los efectos de la *vejez*, único indicio que me sea dado tener, en el orden metafísico, de la certeza de una extincion futura (1). »

Para diseñar con más exactitud las diferencias entre el alma y la vida, Lordat emplea una comparacion sacada de la geometría. Representa á la vida como un huso, que tiene un diámetro insignificante en su extremidad inferior, y aumentándolo sin cesar hasta su parte media, decrece luego insensiblemente y acaba por ser casi nulo. Por el contrario, el alma está representada por una parábola, que partiendo de un punto imperceptible, se desenvuelve lentamente, emitiendo dos líneas simétricas, y continuando en su creciente desarrollo hasta perderse en el infinito.

Segun Lordat, la vida empieza siendo semejante á un huso; procede por acrecentamiento, el cual es uniforme (durante la salud), *mixto* (durante la enfermedad), hasta que ha alcanzado su abultamiento más considerable, su *culminacion*, que tiene lugar hácia los cuarenta años de edad, y en seguida disminuye de tal suerte, que las dos líneas que representan este decrecimiento, — *lignas rectas ó mixtas*, — llegan á encontrarse y se reducen á un punto: este punto es el fin del huso; es la muerte. El alma, señalada al principio por algunos puntos, que indican la incertidumbre del instante en que empieza, forma, mediante la reunion de estos dos puntos, una parábola, cuyos brazos, designados desde luego en el huso de la vida, cortan este

(1) *Introduccion á la doctrina de la alianza entre el alma pensadora y la fuerza vital. Discurso de apertura del curso de fisiología, leído en la Facultad de Medicina de Montpellier, en el año académico de 1846 á 1847.*

huso en el punto de su mayor desarrollo, y despues se separan de él progresivamente, continúan desarrollándose á medida que se van separando y, por último, van á perderse en el infinito.

Esta comparacion geométrica, de una claridad y una verdad sorprendentes, dice más que una série de prolongados razonamientos para representar las profundas diferencias que existen entre el alma y la vida, y la imposibilidad de asimilar entre sí esas dos potencias del *dinamismo humano*.

Conviene leer en la obra de Lordat, *La insenescencia del sentido íntimo* (1), el desarrollo, curioso en extremo, de la proposicion de que el alma, léjos de debilitarse en el anciano, no hace sino ganar en energía y en virilidad, mientras que el principio de la vida, lo mismo que el cuerpo material, se han ido gastando poco á poco hasta caer en la decrepitud. Esto es lo que Lordat ha llamado la *insenescencia* (ó más bien, la *no senescencia*, la *agerasia*) del alma, comparada con la *senescencia*, ó la vejez del cuerpo y del principio de la vida. A pesar nuestro, renunciámos á transcribir aquí los hechos históricos y biográficos que Lordat enumera con tal propósito, y que prueban evidentemente que mientras nuestro cuerpo se va gastando por el ejercicio de la vida, mientras nuestra fuerza vital se debilita, nuestra alma, por el contrario, gana en poder y actividad.

5.º Por último, el alma y la vida difieren entre sí por el sitio que nos es permitido asignarlas. Desde los tiempos de Descartes, se ha disertado mucho sobre el sitio que debe ocupar el alma; en nuestro siglo se han hecho numerosos experimentos, sin razonarlos suficientemente. Flourens ha

(1) *Prueba de la insenescencia del sentido íntimo del hombre, y aplicacion de esta verdad á la determinacion del dinamismo humano. Lecciones sacadas del curso de fisiología de Montpellier en el año 1843-1844.*

ejecutado algunos sobre las funciones del cerebro, y de ellos ha sacado las consecuencias más contradictorias, que, mejor interpretadas, van á darnos la clave del problema particular que nos ocupa, y que consiste en averiguar el sitio relativo del alma y de la vida.

Antes de los experimentos de M. Flourens, suponíase que el cerebro concurría en todas sus partes á las funciones del entendimiento, y de la voluntad. Por medio de experiencias consistentes en arrancar sucesivamente diversas partes de este órgano á ciertos animales, M. Flourens ha llegado á localizar las funciones del encéfalo en cuatro regiones diferentes.

En los *lóbulos cerebrales* reside la inteligencia. En efecto, si á un animal se le quitan los *dos lóbulos cerebrales* (y no uno solo, porque mientras quede el otro, basta para esta funcion), el animal pierde el ejercicio de todos los sentidos; ni vé, ni oye, ni tiene voluntad, ni accion espontánea; no sabe resguardarse, ni huir, ni alimentarse; en una palabra: no tiene ninguna percepcion.

El *cerebelo* preside á la coordinacion, al equilibrio de los movimientos. El animal á quien se quita el cerebelo no puede andar derecho, ni correr, ni volar, sino que tropieza y cae. Las funciones restantes continúan ejerciéndose sin dificultad, á pesar de este desórden introducido en su armonía.

Los *tubérculos cuadrigéminos*, que son el origen de los nervios ópticos, presiden al ejercicio de la vida.

En fin, en la *médula oblongada* reside el asiento de la vida. Hay, en efecto, un punto en la médula oblongada, que Flourens designa con el nombre de *nudo vital*, y que, segun él, es el asiento real de la vida. Si se toca este punto, que no es más grueso que una cabeza de alfiler (porque solo tiene dos milímetros de longitud en el tronco de la médula oblongada), se determina la muerte instantánea del animal.

Del conjunto de estas observaciones resulta, que el alma y la vida tienen un asiento diferente, y por consecuencia, no podrían confundirse, como pretenden los partidarios del animismo antiguo y moderno. Según los experimentos de Flourens, el alma reside en el conjunto del cerebro, en los lóbulos cerebrales, agregados del cerebelo y los tubérculos cuadrigéminos; mientras que en la médula oblongada, y en un punto determinado de la misma, es decir, en el *nudo vital*, debe residir el principio de la vida (1).

Con respecto á la teoría de Flourens sobre el asiento de la vida, colocado por este fisiologista en el *nudo vital*, puede objetarse que la muerte no debe resultar, en el experimento fundamental de que se trata, sino de la parálisis repentina de los nervios de la respiración, porque el nudo vital es la raíz de los nervios que sirven para la respiración, y la muerte puede sobrevenir en este caso á consecuencia de una asfixia súbita, efecto de la parálisis de los nervios respiratorios.

De suerte, que si bien los experimentos de Flourens nos dicen muy claramente que el cerebro es el asiento de la inteligencia, no nos dicen en cambio con tanta claridad que la médula oblongada sea el asiento de la vida.

El doctor Parchappe, más lógico que Flourens, coloca la residencia del alma inteligente en el conjunto de la parte del cerebro situada en la periferia del órgano entero, que lleva el nombre de *sustancia gris* (2). Parchappe deja indecisa la cuestión del asiento de la vida, limitándose á rechazar la teoría de que el principio vital resida en la médula oblongada.

Si debiéramos emitir nuestra opinión sobre el verdadero asiento de la vida ó del principio vital, afirmaríamos que, á nuestro parecer, se halla en la sangre.

(1) *De la vida y de la inteligencia*; Paris, 1843.

(2) *Memoria leída en la Academia de ciencias*.

Coged sino un animal en perfecto estado de salud, haced que se escape toda su sangre por la abertura practicada en una gruesa arteria, y el animal no tardará en espirar. Cuando los antiguos querian procurar á los condenados una muerte dulce y rápida, les abrian las venas de los piés y de las manos, y les metian en un baño caliente: la vida se escapaba con la sangre.

¿No debemos deducir de esto que el único punto de residencia de la vida, ó su principio, es la sangre? Vemos á un animal lleno de vida, se le extrae la sangre, y muere. ¿No es evidente que la vida residia en esa misma sangre que se le acaba de extraer?

Añadamos que la operacion de la *transfusion de la sangre* es una prueba que confirma este mismo hecho. A consecuencia de una hemorragia abundante que se lleva las fuerzas al propio tiempo que la sangre, vése un hombre próximo á espirar. Una mujer está á punto de exhalar su postrer aliento á causa de las pérdidas escesivas de sangre despues de un alumbramiento anormal: pero se presenta un cirujano que toma sangre de un jóven, de un hombre robusto y en buen estado de salud; empieza por quitar la fibrina á la sangre, y en seguida, por medio de una jeringuilla de inyeccion, la introduce en las venas de la persona próxima á espirar. La vida, que iba á abandonar al cuerpo, reaparece en el acto: el moribundo recobra sus fuerzas: ¡se ha salvado! ¿Acaso no se le ha devuelto, haciendo uso de tan estraña como saludable operacion, el principio de la vida suministrándole una sangre que no le era propia? Y si en efecto es la sangre la que le ha devuelto la vida, ¿no debe admitirse en tésis general que en aquella es donde esta reside?

Un experimento hecho por M. Claudio Bernard viene en apoyo de esta opinion.

M. Claudio Bernard inyecta sangre defibrínea en las venas del cerebro de un perro, y ve reaparecer la vida y

la inteligencia en el cerebro de este animal: pero retira la sangre de dicho órgano, y la inteligencia desaparece con ella. ¿No resulta por ventura de este curioso experimento, cuyos detalles suprimimos, que la sangre es el verdadero asiento de la vida?

Ligad todos los vasos arteriales que conducen á un órgano cualquiera, y pronto vereis morir este órgano: es un medio que los cirujanos emplean todos los dias. Para reducir un tumor patológico, se *ligan* las arterias que van á parar á él, es decir, se impide que penetre en él la sangre. Cuando esta no llega al tumor, la vida se retira de él. ¿Acaso no parece que la sangre lleve consigo la vida? ¿No es esto una nueva prueba de que la vida reside en la sangre?

Sea de ello lo que quiera, y lo mismo si la vida tiene su asiento en la médula oblongada, como pretende Flourens, ó en la sangre, como nos parece más probable, lo que no admite duda y deseamos tan solo consignar, es que el alma y la vida no tienen el mismo asiento, y que están profundamente separadas tanto por su naturaleza como por su *mansion* en la economía doméstica, diferencia radical que nos proponíamos consignar.

6.º Lordat ha esplanado en estos términos otras diferencias no menos esenciales entre el sentido íntimo y la fuerza vital:

«La fuerza vital se ha manifestado en el seno de la madre en el momento en que ha creado un sistema de órganos prodigiosamente complejo, al paso que la potencia siquiátrica (el alma) no ha revelado su existencia hasta ponerse en relacion con el mundo exterior en el momento de su nacimiento. La primera posee la ciencia infusa y no necesita ningun aprendizaje, mientras que la segunda solo tiene aptitudes, no siendo capaz de obrar hasta que ha sido suficientemente aleccionada por las sensaciones y por la experiencia.

» Los primeros actos de la fuerza vital son golpes maestros; los de la potencia siquiátrica son imperfectos al principio, y si luego adquiere las relevantes cualidades de que puede rodearlos, es debido al uso y á la atencion.

» En la fuerza vital, las cualidades accidentales favorables ó desfavorables, la belleza de las formas, la salud, la fealdad, el color, las afecciones morbíficas, se trasmiten por la generacion, y los hijos heredan de sus padres este carácter; en la potencia siquiátrica, las cualidades intelectuales y morales, que son el resultado de la educacion, nacen y mueren con el individuo, sin que los descendientes puedan aprovecharse de las virtudes de sus padres, ni escusarse de sus vicios echando la culpa á los de sus antecesores: su educacion depende exclusivamente de ellos, y el hijo de un grande hombre no está dispensado de seguir todos los estudios que han contribuido á la ilustracion de su padre (1).

Tal es la doctrina de la *alianza* del cuerpo, del alma y de la vida, poco más ó menos como la formula la escuela de Montpellier, siguiendo la teoría de Barthez y Lordat, ó si se quiere, como nosotros la comprendemos, adaptándola á las conquistas hechas por la ciencia contemporánea.

Este sistema nos parece tan sencillo como verdadero, tan claro como irrecusable. Admiracion nos causa que no haya obtenido más favor, y de buen grado repetiríamos con Barthez en su latin mal afrancesado:

« *El doble dinamismo humano es un hecho cuya dubitacion dá pruebas de noviciado, y cuya negacion formal las dá de ignorancia relativa, que deberia castigarse con enviar á la escuela á los que en ellas incurrieran.* »

(1) *Introduccion á la doctrina de la alianza entre el alma pensadora y la fuerza vital.* Discurso ya citado en una nota precedente.

Debemos añadir que la *triple alianza* del cuerpo, el alma y la vida no se observa tan solo en el hombre: se la encuentra tambien en los animales. Existe en el animal, segun nosotros, un cuerpo viviente y un alma; pero el alma de los animales es muy inferior á la nuestra, en cuanto al número y extension de las facultades. Como el animal tiene pocas necesidades, sus facultades son muy limitadas, y aun estas en estado rudimentario. Merced al desarrollo mucho más considerable de las facultades del alma, el hombre se distingue de los animales superiores, aun cuando se asemeja mucho á ellos por las funciones fisiológicas y la estructura anatómica.

Fijémonos de paso en que la escuela de Montpellier no admite esta última consideracion, por lo que toca á los animales. Barthez y Lordat no conceden al animal más que el principio vital, principio inconsciente, y le niegan el alma. En otro lugar de esta obra (1), nos explicaremos con mayor latitud acerca de las diferencias que, en nuestro concepto, separan al hombre del animal.

Vitalismo de Bichat.—No todos los médicos que creen en la existencia de una fuerza vital, diferente de las fuerzas físicas y químicas, en el hombre y en los animales, profesan la doctrina de Barthez. Los médicos vitalistas de Paris, lo mismo que la mayor parte de los fisiologistas alemanes é ingleses que aceptan el vitalismo, admiten hoy el sistema de Bichat, modificado de manera que responde á los hechos observados en nuestros dias. Estos médicos profesan la doctrina de las *propiedades vitales de los tejidos*, es decir, el sistema de Bichat, reformado con arreglo al estado actual de la ciencia. Las diferencias consisten únicamente en el número y en la especie de las *propiedades vitales* que se asignan á los tejidos.

Oigamos, entre otros, á M. Claudio Bernard. Este fisió-

(1) Capitulo XI.

logo se expresaba en los siguientes términos en la primera lección de su curso de 1871-72 en el Colegio de Francia :

« No debe colocarse en un principio ó en una fuerza vital cualquiera la causa inmediata de los fenómenos de la vida. No debe, por lo mismo, buscársela en la ψυχή de Pitágoras, en el *alma fisiológica* de Hipócrates, en el πνεύμα de Ateneo, en el *arqueo* de Paracelso, en el *anima* de Stahl, en el *principio vital* de Barthez, pues son otros tantos seres imaginarios é impenetrables. Dicha causa reside en las *propiedades vitales* de Bichat, esto es, en las propiedades histológicas (de tejidos) de la materia viviente de los elementos orgánicos, sin que nos sea dable investigarla más allá, aunque, por lo demás, ya basta para la explicación científica (1).»

Bichat, dejando rodeada de tinieblas la causa misma de la vida, cuya esencia íntima no es capaz de penetrar, según confiesa, señala á los tejidos vivientes dos propiedades generales, la *sensibilidad* y la *contractilidad*. Estas propiedades son inherentes á los elementos vivientes del organismo; lo que constituye su modo de obrar, su *vida*, para hablar como Bichat, es su distribución desigual en los diferentes órganos.

Al decirnos M. Claudio Bernard que « las propiedades vitales de Bichat bastan para la explicación científica, » olvida que Bichat subordinaba estas propiedades á un agente superior, la vida, cuya esencia renunciaba á comprender, aun cuando proclamaba su existencia positiva.

Bichat considera el principio de la vida cual si estuviera fuera de nuestro alcance, en el estado actual de la ciencia; y cree que su conocimiento será la llave que cierre los descubrimientos de la fisiología en el porvenir. Es un pensamiento tan justo como noble en su modesta abnegación.

« El defecto de todos los fisiólogos, dice Bichat, consiste

(1) *Revista científica* de M. Alglave; número del 13 de enero de 1872, pág. 671.

en haber empezado por donde un día será preciso concluir. La ciencia estaba aun en sus albores cuando ya versaban todas las cuestiones de que se ocupaban en las causas primeras de los fenómenos vitales. ¿Y qué ha resultado de esto? Un enorme fárrago de raciocinios, y la necesidad de llegar por último al estudio de esos fenómenos, abandonando la de sus causas, hasta que hayamos hecho las observaciones indispensables para establecer fundadas teorías.»

Por consiguiente, cuando Bichat habla de las *propiedades vitales* y de la *vida* de cada órgano, entiende que estudia esas propiedades como el efecto de la causa oculta que renuncia á profundizar. De aquí se siguen las expresiones de *vida* y *muerte* de tal y tal órgano, particularmente del cerebro y de los pulmones, que se encuentran á cada instante en sus escritos. Bichat estudia en todas partes los *fenómenos vitales*; pero nunca su causa, es decir, la *vida*.

M. Claudio Bernard, y los médicos de la escuela de Paris que se agrupan bajo la bandera de Bichat, pierden, pues, de vista, el pensamiento del autor de este sistema. Además, se engañan sensiblemente cuando creen explicar algo con la expresion de *propiedades vitales* que solo significa un fenómeno, más no su causa. Comprendido de esta suerte, el sistema de Bichat es inadmisibile, porque se reduce á un materialismo disfrazado. Y en efecto; desapareciendo con la vida las *propiedades vitales*, no debe subsistir, despues de la muerte, nada de cuanto ha producido en el hombre la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad.

Añádase que esta teoría no nos daría la razon de ningun fenómeno: seria ni más ni ménos que la esplicacion de las propiedades del opio, dada por Molière, en la ceremonia del *Enfermo de apension*. El doctor de la comedia declara que *el opio hace dormir porque contiene propiedades dormitivas*. La teoría de Bichat, tal como la interpreta

M. Claudio Bernard, nos dice: *el corazon se contrae porque tiene fibras contráctiles*. Las dos explicaciones son de la misma fuerza.

Bichat tenia demasiada capacidad para confundir tan lastimosamente las ideas. Por desgracia, muchos médicos que se tienen por vitalistas, racionan como M. Claudio Bernard: creen haber dicho algo al conceder á los tejidos vivientes propiedades especiales que los distinguen del resto de la materia, y en cuya virtud llenan sus funciones.

En cuanto á nosotros, creemos que esta explicacion no explica nada; creemos que Bichat se ha mostrado muy tímido no atreviéndose á profundizar la causa de la vida, y que Barthez, con su luminoso análisis del agregado humano, habia resuelto perfectamente este problema antes que él.

En resúmen, la doctrina de Barthez que reconoce tres principios, á saber: el cuerpo, el alma y la vida, es la que admitimos, por parecernos que explica mejor la naturaleza del hombre. Así, pues, esta doctrina es la que servirá de base á los racionios y á los hechos que vamos á desarrollar en este libro.

CAPÍTULO II.

¿En qué consiste la muerte? ¿Qué es del cuerpo, el alma y la vida despues de la muerte?

¿En qué consiste la muerte? Segun el análisis que acabamos de hacer de la verdadera naturaleza del hombre, la muerte es la separacion del elemento inmortal é imperecedero que entra en el conjunto humano, de los otros dos elementos destructibles y mortales: es el alma que abandona al cuerpo, despues que la vida, ó el principio vital, se ha estinguido en nosotros.

Todo el mundo sabe que cada sér viviente tiene en la naturaleza un centro que le es propio, y que no puede vivir más que en este centro: las plantas en el aire ó en el agua, los animales en el aire, y los peces en el agua; arrancándoles de él, perecen irremisiblemente. Más aun; hay séres que solo viven en ciertos centros especiales. Algunos vibriones no pueden existir más que en el gas ázoe ó en el gas ácido carbónico; los gérmenes de los vegetales criptogámicos que producen enmohecimientos, no se desarrollan

sino en infusiones acuosas de materias vegetales; los pescados que viven en el mar, mueren en el agua dulce ó ligeramente salada. En las minas de Harz se han encontrado hongos que no podian existir más que en las manchas de grasa que caian de las bugías de los mineros.

Así, pues, cada sér viviente tiene un centro de habitabilidad que le es peculiar, sin que el alma quede exceptuada de esta regla. El centro, el punto de habitabilidad del alma es un cuerpo viviente. El alma desaparece del cuerpo, cuando este cuerpo cesa de vivir, así como un hombre abandona su casa cuando esta casa es presa de las llamas y destruida por ellas.

En este capítulo nos proponemos averiguar en qué deben convertirse, despues de la muerte del hombre: 1.º, su cuerpo; 2.º, su vida; 3.º, su alma.

Cuerpo.— Como el cuerpo ó la sustancia material del hombre, lo mismo que el de los animales, no está ya, despues de la muerte, defendido de la destruccion por el principio vital, cae bajo el imperio de las fuerzas químicas. Si el cuerpo de un animal muerto, ó un cadáver humano, estuviera mantenido en una temperatura media inferior á 0°; si se le encerrase en un espacio enteramente privado de aire, ó si se le impregnara de sustancias anti-sépticas, se conservaria intacto y tal como era en el momento en que la vida le abandonó. Así es como se practican los embalsamamientos. Las diversas sustancias químicas de que se impregna un cadáver, tienen por objeto coagular la albúmina de los tejidos, y preservar así la sustancia animal de la putrefaccion. El mismo resultado se obtendria, si se colocara el cuerpo entre dos capas de hielo, ó en un ataúd rodeado por todas partes de hielo renovado constantemente. El cuerpo no sufriria ninguna descomposicion mientras se le conservara á la temperatura de 0°, porque la fermentacion pútrida no puede iniciarse á una temperatura tan baja.

Así es como se han conservado cadáveres enteros de *Mammouths*, elefantes que pertenecian á una especie completamente extinguida hoy, y que vivian durante la época cuaternaria. En 1802, se encontró en las orillas del Lena, rio que desemboca en el mar Glacial, despues de haber atravesado el país de los Yakoutsk (region del Asia, próxima al polo Norte), un cadáver de este gigantesco paquidermo, perfectamente conservado. La tierra helada y los hielos que cubrian las orillas del rio, adonde se habia refugiado, le preservaron de la putrefaccion, hasta tal punto, que con la carne de aquel animal, muerto hacia más de cien mil años, celebraron un banquete los pescadores de aquellas costas. Así pues, para conservar intacto el cadáver de un hombre en los países septentrionales, bastaria tenerle constantemente envuelto en hielo.

Cuando el cuerpo del hombre ó de un animal está expuesto á las influencias reunidas del aire, del agua y de una temperatura regularmente elevada, experimenta una série de descomposiciones químicas, cuyo término final es su transformacion en gas ácido carbónico, amoníaco, ázoe, agua y algunas sustancias más ó menos sólidas, que representan productos menos avanzados de descomposicion. El gas ázoe, ácido carbónico, ácido sulfhídrico, amoníaco, lo mismo que el vapor de agua, se esparcen por la atmósfera ó se disuelven en la humedad del terreno. Si se disuelven en el agua que baña la tierra, los absorben las raicillas de las plantas que viven en dicho terreno, y sirven para la nutricion y desarrollo de las mismas plantas. Si se esparcen por el aire, el agua de lluvia los disuelve, y los conduce á la tierra. El amoníaco y el ácido carbónico disueltos en el agua que baña el suelo, se introducen por las raíces en las canales de las plantas y contribuyen á su nutricion.

Por consiguiente, la materia del cuerpo del hombre y de los animales no queda destruida: no hace más que va-

riar de forma, y bajo esa nueva forma va á componer nuevas sustancias orgánicas.

El cuerpo del hombre se limita á obedecer en esto las leyes comunes de la naturaleza. Lo que el hombre experimenta, lo experimenta tambien toda sustancia organizada, vegetal ó animal, expuesta á las influencias reunidas del aire, del agua y de una temperatura regularmente elevada. Un pedazo de tela de algodón ó de lana, un grano de trigo, un fruto, fermentan, y se convierten en productos nuevos, á semejanza de nuestro cuerpo. El sudario que envuelve un cadáver, se destruye absolutamente, de la misma manera que el cadáver.

Vida.— Si la sustancia material que compone el cuerpo humano no hace más que transformarse, viajando á través del globo, para pasar de los animales á las plantas, y de éstas á los animales, sucede todo lo contrario con la vida. En el capítulo precedente dijimos que la vida es una fuerza. A la manera de las otras fuerzas, el calor, la luz y la electricidad, tiene su nacimiento y se trasmite; tiene un principio y un fin. La vida, lo mismo que el calor, la luz y la electricidad, agentes físicos que nos la hacen comprender, tiene sus causas productoras y sus causas de destrucción; no puede volver á brillar una vez apagada; no puede emprender de nuevo su curso cuando ha llegado su término fatal. La vida no puede perpetuarse; es un simple estado de los cuerpos, estado fugitivo, precario, y sugeto á los mil accidentes é influencias del acaso.

La vida es, por consiguiente, muy inferior en importancia al alma, que es indestructible é inmortal. El alma es el elemento esencial en toda la naturaleza; posee cualidades activas y positivas por dó quiera que los otros dos elementos, el cuerpo y la vida, solo tienen cualidades negativas. Mientras el cuerpo se disocia y desaparece, mien-

tras la vida se anonada, el alma no puede desaparecer ni anonadarse jamás.

La vida desaparece, por lo tanto, sin retorno despues de la muerte del hombre y de los animales.

Alma.—Acabamos de ver que despues de la muerte del hombre, su cuerpo y su vida quedan destruidos; examinemos ahora lo que á su alma le sucede.

El filósofo, el hombre instruido, cuantos conocen la inmensidad del universo y la eternidad de los tiempos, no pueden admitir que nuestra existencia en el universo sea definitiva; que la vida humana deje de unirse á algo más acá ó más allá de sí misma. El hombre muere á los treinta, ó los veinte años; solo puede vivir algunos años, algunos meses. Segun las tablas de Duvillard, la duracion media de la vida es de veintiocho años; hoy lo es de treinta y tres. La cuarta parte de los humanos muere antes de haber llegado al séptimo año de su vida, y la mitad no pasa del décimo séptimo. Los que viven más tiempo disfrutan de un privilegio no concedido al resto del género humano (1).

¿Qué significa un intervalo tan corto comparado con la duracion general de los tiempos, con la antigüedad de la tierra y de los mundos? Un minuto en la eternidad. Nuestra vida, tan corta, puede calificarse de accidente, de fenómeno rápido y pasajero que apenas debe mencionarse en la historia de la naturaleza.

Por otra parte, las condiciones físicas de la vida terrestre son verdaderamente detestables. Expuesto á toda clase de sufrimientos, tanto por la defectuosa organizacion de su cuerpo, como por las causas exteriores que incesantemente le amenazan; temiendo el frío extremado, lo mismo que el extremado calor, débil y mezquino, aparecien-

(1) Rambosson, *Las leyes de la vida*; Paris, 1871, pág. 121.

do en el mundo desnudo y sin defensa natural contra las influencias climatéricas, el hombre es un verdadero mártir. Si los progresos de la civilización han llegado á asegurar el bienestar de las clases pudientes, en una parte de Europa y de América, ¡cuales no son, en cambio, los sufrimientos de las proletarias en los mismos países! La vida es un verdadero suplicio para la mayor parte de los hombres que habitan las latitudes insalubres del Asia, del Africa y de la Oceanía. Y antes de la civilización, durante los períodos de la vida del hombre primitivo, períodos tan prolongados que se remontan á cien mil años antes de nuestra época, ¿cual era la suerte de la humanidad? Un encadenamiento perpétuo de sufrimientos, de peligros y de dolores.

Las condiciones de la existencia humana son tan malas bajo el punto de vista moral como bajo el punto de vista físico. Es un hecho averiguado que la felicidad no se encuentra en la Tierra. Cuando la Sagrada-Escritura nos dice que la tierra es un valle de lágrimas, no hace más que traducir en una forma poética una verdad incontestable. Sí; el hombre vive aquí abajo tan solo para sufrir. Sufre en sus afecciones y en sus deseos no satisfechos, en las aspiraciones y en los impulsos de su alma, contrariados y hechos pedazos por resistencias infinitas. La dicha es un estado que se nos ha prohibido. Expiamos con los más crueles pesares las reducidas sensaciones agradables que disfrutamos pasajeraamente. Solo se nos conceden afecciones para perder y llorar los objetos queridos: no tenemos padres, madres, hijos, sino para verles expirar un día en nuestros brazos!

Es de todo punto imposible que un estado tan anormal sea un estado definitivo. Puesto que el orden, la armonía, la tranquilidad, reinan en el mundo físico; es forzoso que se encuentre el mismo equilibrio en el mundo moral. Si en torno nuestro vemos que el sufrimiento es la regla

constante y comun, si vemos que en todas partes domina la injusticia y la violencia, que triunfa la fuerza, que las víctimas palpitan y mueren bajo la mano del opresor, creemos que una situacion como esta no puede menos de ser un momento de transicion, un período intermediario que la Providencia nos condena á atravesar rápidamente para llegar á un estado mejor.

Pero, ¿cuál es ese nuevo estado, esa segunda existencia que debe suceder á la vida terrestre, ó en otros términos, qué es del alma humana despues que la muerte ha roto los lazos que la encadenaban al cuerpo?

En nuestro concepto, el alma pasa á un nuevo cuerpo despues de la muerte: va á encarnarse en otro organismo, á componer un sér muy superior al hombre en poder moral, y que es la continuacion de la especie humana en la gerarquía de la naturaleza.

Ese sér superior al hombre en la escala de los séres vivientes que pueblan el universo, no tiene nombre en lengua alguna. Tan solo podria darnos una idea de él el *ángel*, á quien la religion cristiana reconoce y venera con un culto. Juan Reynaud ha dado por esta causa el nombre de *ángel* á la criatura superior que, segun él, debe suceder al hombre despues de su muerte. Sin embargo, desecharemos esta palabra, y llamaremos *sér sobrehumano* á la criatura perfeccionada que, segun nosotros, es la continuacion del hombre en la série ascendente de los séres de la naturaleza.

CAPÍTULO III.

¿Dónde reside el sér sobrehumano?

Acabamos de ver que uno de los tres elementos que componen el *agregado humano*, el alma, resiste á la destruccion. Despues de la disolucion de nuestro cuerpo, despues de la extincion de la vida, desprendida nuestra alma de los vínculos que la encadenaban á la tierra, va á sentir, á amar, á concebir, á ser libre, en un cuerpo nuevo, dotado de facultades más poderosas que las deparadas á la humanidad: va á componer lo que hemos convenido en llamar el *sér sobrehumano*. ¿Pero dónde reside este nuevo sér?

Todos cuantos se han dedicado al estudio de la naturaleza, saben que la vida se halla estendida en nuestro globo en proporciones verdaderamente prodigiosas. No podemos dar un paso, no nos es dable lanzar una mirada en torno nuestro, sin encontrar en todas partes á millares los séres vivientes. La tierra no es más que un vasto recep-

táculo de vida. Examinad un tallo de yerba en la pradera, y le vereis cubierto de insectos ó de animales inferiores; pero para este exámen no bastan nuestros ojos; es necesario apelar al microscopio. Con el auxilio del cristal de aumento, se descubre que este solo tallo de yerba es el refugio de toda una poblacion viviente, que nace, vive y se multiplica con prodigiosa rapidez en tan imperceptible dominio.

Por lo que vemos en el tallo de yerba, podemos sacar la consecuencia de la que ocurre en toda la vegetacion que cubre el globo.

Las aguas dulces que se deslizan por la superficie de la tierra son asimismo el receptáculo de una cantidad prodigiosa de existencias orgánicas. Prescindiendo de las plantas y de los animales que viven en las aguas de los arroyos y de los rios, y que son perceptibles á la simple vista, si se coje una gota de agua de una balsa, y se coloca en el porta-objetos del microscopio, se la verá cuajada de séres vivientes que, á pesar de sus dimensiones tan excesivamente pequeñas que escapan á nuestra vista, no por eso son menos activos ni dejan de ocupar su puesto en la economía de la naturaleza. Sábese que el mar oculta un número infinito de habitantes; mas, sin hablar de los séres visibles para todos, como, por ejemplo, los pescados, los crustáceos, los zoófitos, lo mismo que las plantas marinas, abundan de tal modo en el agua del mar los séres invisibles á la simple vista, que en una sola gota de esa agua, examinada con el microscopio, se perciben innumerables cantidades de dichos animales y plantas microscópicas.

De lo que sucede con esta gota de agua, podemos deducir lo que sucederá con la masa entera de las aguas que ocupan el lecho de los mares, y que forman las tres cuartas partes de la superficie de nuestro globo.

Para formarse una idea de la enorme cantidad de séres vivientes que pueblan los mares y de los que los han po-

blado en otro tiempo, reproduciremos un hecho bastante conocido de los geólogos: y es el de que todas nuestras piedras de construcción, todos los terrenos calcáreos que forman las montañas y bancos de greda, están compuestos exclusivamente de los restos, hechos pedazos y aglomerados, de las conchas de los moluscos, así visibles como microscópicos, que ocupaban el lecho de los mares en los tiempos más remotos de la existencia de nuestro globo. Todos esos terrenos están constituidos por una acumulación de conchas. Puesto que la vida estaba distribuida con tanta profusión durante los períodos geológicos, con igual razón debe estarlo ahora, poco más ó ménos, del mismo modo, porque las condiciones actuales de la naturaleza no difieren de lo que ya eran en los tiempos primitivos de nuestro globo.

Lo mismo que la tierra y los mares, el aire que nos rodea es un vasto receptáculo de seres vivientes. Pocos son los animales que vemos recorrer las regiones del aire, pero el sábio, que no se satisface con la simple apariencia de las cosas, sabe descubrir en él millares de existencias.

El aire nos parece muy puro, muy transparente, pero esto consiste en que no está lo suficientemente iluminado para permitirnos ver todas las partículas de cuerpos extraños que flotan en su masa. Cuando se introduce en una habitación bien cerrada un rayo de luz, un hacedillo de la claridad solar, se ve una estela luminosa recorriendo dicha habitación, que permanece oscura en sus demás partes. Todos sabemos que, gracias á ese poderoso fulgor, que contrasta con la oscuridad que le rodea, el surco luminoso aparece lleno de cuerpos flotantes, lijeros, tenues; que se agitan, suben y bajan á tenor de las agitaciones del aire.

El físico inglés Tyndall, iluminando una columna de aire con la luz eléctrica, y haciéndola por este medio pro-

digiosamente luminosa, ha descubierto legiones enteras de cuerpos, estraños á la atmósfera gaseosa.

Lo que se vé en esa parte de la atmósfera, tan vivamente iluminada, existe necesariamente en su totalidad, de suerte que el aire que rodea nuestro globo, está lleno por todas partes de esas animadas polvaredas.

¿De qué se componen estas? Están casi enteramente formadas de séres vivientes, de plantas microscópicas (criptógamos), ó de huevos de animales inferiores (zoófitos). La pretendida generacion espontánea, sobre la que se ha disertado tanto en estos últimos tiempos, así en Francia como en el extranjero, se debe únicamente á esos gérmenes orgánicos que inundan la atmósfera, y que, cayendo en el agua ó en infusiones de plantas, dan origen á esos enmohecimientos, á esas vegetaciones, que se han querido atribuir á la generacion espontánea; es decir, á una creacion sin gérmen, á una generacion sin causa: error profundo, porque todo sér viviente tiene sus padres, y tarde ó temprano se descubren, merced á un poco de ciencia y de atencion.

Los animales y las plantas á quienes se dá el nombre de *parásitos*, nos proporcionan otro ejemplo de la extraordinaria profusion con que la vida está distribuida sobre la tierra. Dáse aquel nombre á los animales ó plantas que viven al arrimo de otros animales ó de otras plantas y que se nutren de la sustancia de sus forzados protectores. Todos los animales mamíferos tienen sus respectivos parásitos, como la pulga, el chinche, etc.; el hombre tiene el piojo, la pulga, la nigua. Cada vegetal tiene, como ellos, sus parásitos. La encina da asilo y alimento al líquen y á diferentes criptógamos, y hasta en sus raíces se encuentran criptógamos diversos, tales como la trufa. Véese, pues, que la vida se implanta, se ingerta en la vida.

Aun hay más: esos mismos parásitos tienen sus parásitos particulares, séres más pequeños, y tanto, que es pre-

ciso recurrir al microscopio para distinguirlos. Examínese con el auxilio de un cristal de aumento un líquen separado de la encina; obsérvese de la misma manera una pulga, un pulgon, y merced á dicho instrumento, se disfrutará del curioso espectáculo de ver un sér parasitario subordinado á otro sér parasitario que se alimenta de su sustancia. La sustancia alimenticia del gran vegetal pasa al parásito visible y de este al parásito invisible. La vida está superpuesta y concentrada en tan reducido espacio. Un hecho de semejante naturaleza prueba la prodigiosa abundancia con que la vida está esparcida por nuestro globo.

Por consiguiente, la superficie del globo, las aguas dulces y saladas, y por último la atmósfera, se hallan pobladas por una cantidad enorme de séres vivientes. La vida rebosa en la tierra, en las aguas y en el aire, pareciéndose nuestro globo á un vaso inmenso en el que se hubiera acumulado, oprimido y amontonado la vida.

Pero la tierra, el aire y las aguas no son los únicos centros habitados de la naturaleza; más allá de la atmósfera se estiende otro centro, muy conocido de los astrónomos y de los físicos, y al que han dado el nombre de *éter*, ó *éter planetario*. La atmósfera que rodea á nuestro globo, con quien se vé arrastrada en su carrera á través de los espacios, lo mismo que en su rotacion sobre su eje, no es muy elevada, pues solo tiene de 30 á 40 leguas de altura, y va disminuyendo en consistencia á partir del suelo. A unas tres ó cuatro leguas sobre la tierra, el aire se enrarece de tal modo, que se hace irrespirable tanto para el hombre como para los animales. Esta es la causa de que en las ascensiones aereostáticas no pueda pasarse del límite de siete á ocho kilómetros, porque á esta altura, el aire es ya tan denso, enrarecido hasta tal punto, que no puede servir para la respiracion ni contrabalancear el efecto de las presiones que se ejercen del interior de nuestro cuerpo al exterior. Pasados dichos siete á ocho kiló-

metros, la densidad de la atmósfera, decrece progresivamente, hasta que llega el momento en que el aire falta por completo; la atmósfera termina, segun hemos dicho, á la elevacion de unas 30 á 40 leguas (120 á 160 kilómetros) sobre la superficie de la tierra, y en ese punto es donde empieza el fluido que los astrónomos y los físicos llaman *éter*.

El *éter* es un verdadero fluido, un gas análogo al aire que nos rodea; pero infinitamente más enrarecido y más ligero que el aire. No es posible negar la existencia del *éter* planetario, puesto que los astrónomos tienen en cuenta su resistencia para calcular la rapidez de la marcha de los cuerpos celestes, así como la tienen de la resistencia del aire para el cálculo de los movimientos de los cuerpos que atraviesan nuestra atmósfera.

El *éter* es, pues, el fluido que sucede al aire atmosférico, y se extiende, no solo en derredor de la Tierra, no solo en torno de los demás planetas, sino, lo que es más, existe en todo el espacio, y ocupa el intervalo que separa los planetas entre sí. Los planetas que, juntamente con sus satélites, componen nuestro mundo solar, circulan en efecto en el *éter*, lo mismo que los cometas, durante sus inmensos viajes á través de los espacios.

El vulgo está en la persuasion de que más allá del aire que circuye nuestro globo terrestre, no hay nada; de que solo existe el vacío; pero el vacío no existe en la naturaleza. El espacio está siempre ocupado por alguna cosa; siempre está lleno, ya sea por la tierra, ya por el agua, ya por el aire atmosférico, ó ya, en fin, por el *éter planetario*.

Más arriba hemos dicho que la vida rebosa en nuestro globo, que pulula, que hierve en la Tierra, en el aire y en las aguas. El fluido etéreo que es la continuacion de nuestra atmósfera y llena el espacio, ¿está asimismo habitado por seres vivientes? Hé aquí una pregunta que ja-

más se ha dirigido á ningun sábio. Cosa sorprendente seria, en nuestro concepto, que mientras la vida se derrama, por decirlo así, en las aguas y en el aire, faltara absolutamente en el fluido contiguo al segundo. Todo anuncia, pues, que el éter está habitado.

Pero, ¿cuáles son los séres que viven en el éter planetario? Segun nosotros, son esos *séres sobrehumanos*, á quienes consideramos como hombres resucitados y provistos de toda clase de perfecciones morales.

La composicion química del éter planetario es desconocida. Los fenómenos astronómicos nos dicen que ese fluido existe; pero no se sabe nada acerca de su composicion. Tan solo creemos poder decir que el éter no debe contener oxígeno, y en efecto, las observaciones espectroscópicas hechas por Angström sobre la luz de las auroras boreales, observaciones repetidas con el mismo resultado por diferentes observadores en Paris, durante la aurora boreal del 4 de febrero de 1872, prueban que la materia peculiar al espacio en que tiene lugar ese hermoso fenómeno no contiene oxígeno, ni ázoe, ni vapor de agua, ni ácido carbónico. Como la aurora boreal es una apariencia luminosa que tiene por teatro las porciones del espacio situadas fuera de nuestra atmósfera, nos facilita una noçion exacta de lo concerniente á ese espacio, y aun cuando las observaciones que acabamos de mencionar no nos revelen la composicion química de aquel centro, ó sea del éter planetario, nos dicen por lo ménos que su composicion es muy diferente de la del aire.

No nos sorprenderia que el éter planetario estuviera compuesto de gas hidrógeno escesivamente enrarecido, es decir, de un gas sumamente ligero por sí mismo, mucho más enrarecido, é infinitamente más sutil á causa de la carencia de toda presion. Lo que nos induce á creer que el hidrógeno es el que constituye el éter en que circulan los planetas, es que, tanto M. Janssen en las Indias, co-

mo M. Lockyer y otros astrónomos, creen haber descubierto al observar los eclipses totales de Sol, que éste está rodeado de una capa de gas hidrógeno inflamado.

El espacio que existe más allá de nuestra atmósfera ha recibido el mismo nombre en la lengua de todos los pueblos: llámasele *cielo*. En el *cielo* vulgar, pues, es donde colocamos la residencia de los seres sobre humanos. En este punto estamos de acuerdo con las creencias y las preocupaciones populares, de lo que no podemos menos de felicitarnos. Esas preocupaciones, esos presentimientos, suelen ser el resúmen de la sabiduría y de la observacion de una infinidad de generaciones humanas. Una tradicion que existe uniformemente en todos los países tiene todo el peso de un testimonio científico.

Las religiones modernas que cuentan mayor número de prosélitos, tales como el Cristianismo, el Budhismo y el Mahometismo, acordes con el lenguaje y la tradicion, colocan en el Cielo la residencia de los elegidos de Dios.

De todo esto resulta que la ciencia, las tradiciones y las religiones, se confunden en este punto: el santo sacerdote que auxilió al rey mártir en el cadalso revolucionario, dijo una verdad científica al exclamation, dirigiéndose á él: «Hijo de San Luis, subid al cielo!»

CAPÍTULO IV.

¿Pasan todos los hombres, después de la muerte, al estado de seres sobrehumanos?—Reencarnación de las almas perversas y de los niños fallecidos en edad temprana.

De lo dicho anteriormente se deduce que la muerte no es un fin, sino un cambio: no morimos, sino que sufrimos una metamorfosis: no perecemos, cambiamos de figura. El golpe teatral de la muerte, no es el desenlace, sino tan solo una escena conmovedora del drama del destino humano. La agonía no es el preludio del aniquilamiento; es sencillamente el sufrimiento forzoso que vá anejo á toda metamorfosis en la naturaleza. Nadie ignora que en la familia de los insectos, la fria é inmóvil crisálida se entreabre para dejar paso á la brillante mariposa. Examínese esta en el momento en que acaba de salir de su sepulcro temporal, y se la verá palpitante y temblorosa á causa del dolor que ha sufrido al romper las trabas que la oprimian, teniendo necesidad de reponerse, de calmarse y de reunir sus fuerzas ántes de lanzarse á la region de los aires que se apresta á recorrer. Tal es la imágen de nuestra agonía.

Para salir de la envoltura material que dejamos aquí abajo, para elevarnos á las esferas desconocidas, que nos esperan más allá de la tumba, padecemos, es cierto: padecemos en nuestro cuerpo por el dolor físico, y en nuestra alma por las angustias que nos causa la idea de tener que afrontar nuestro próximo destino, que se nos aparece rodeado de las más espantosas tinieblas.

Pero aquí se nos ofrece una dificultad. ¿Deben pasar al estado de séres sobrehumanos todos los hombres indistintamente? En la humanidad hay una escala infinita de cualidades y de perversiones morales. Existe el bueno y el malo; el hombre honrado y el criminal. Sea cualquiera el lugar de la Tierra en que habitemos; sea cualquiera el estado de cultura de nuestro espíritu; ya seamos civilizados ó salvajes, ilustrados ó ignorantes; ya se trate de las generaciones contemporáneas ó de las que han vivido en los tiempos más remotos, existe por dó quiera, en todas las épocas y en todos los lugares, una moral universal, una ley absoluta de equidad. En todas partes se considera como una mala accion matar á sus semejantes, arrebatar á otro su bienestar, maltratar á sus hijos, vivir mal con su mujer, usurpar la propiedad agena, mentir y atentar contra su propia vida. De un extremo á otro de la Tierra, siempre se han calificado de malas estas acciones. Hay, pues, de una manera absoluta, y hasta en presencia de la naturaleza, almas buenas y almas perversas. ¿Deberemos creer que los buenos y los malos son llamados indistintamente á sufrir el cambio de existencia que ha de conducirnos al estado de séres sobrehumanos? ¿Serán igualmente admitidos unos y otros á gozar las felicidades de una vida nueva? Nuestra conciencia, ese sentimiento esquisito que nos es inherente y que jamás se equivoca, nuestra conciencia nos dice que no debe ser así.

¿Pero cómo puede realizarse esta separacion entre el buen grano y la cizaña, por las solas fuerzas de la natu-

raleza? ¿Cómo puede llevarse á cabo esta eleccion tan difícil de explicar, porque lo moral, mezclado con lo físico, complica singularmente una cuestion natural? Todo cuanto podemos hacer es espresar aquí nuestro parecer individual, no con la pretension de imponer una doctrina á quien quiera que sea, sino con la de consignar un simple testimonio.

Parécenos que para elevarse el alma humana á los espacios etéreos, necesita haber adquirido un grado extremo de perfeccion que la haya limpiado de toda mancilla; porque debe ser sutil, ligera, pura y esquisita. Únicamente á este precio puede abandonar la Tierra y remontarse á los Cielos. No con la idea de establecer la menor comparacion, sino tan solo para retratar nuestro pensamiento, diremos que, en nuestro concepto, el alma humana es cual un globo celeste, que se remontará hácia las sublimes alturas con tanta mayor rapidez, con tanta mayor fuerza, cuanto más libre y limpia de toda mezcla impura se encuentre. Ahora bien: el alma de un hombre perverso, vil, indigno, bajo y grosero, no ha alcanzado la pureza, la perfeccion ni la limpieza necesarias: está abrumada por el peso de las malas pasiones, por lo grosero de los apetitos que no ha podido destruir, ó más bien, que solo se ha cuidado de aumentar. No pudiendo elevarse á las regiones celestiales, se ha de ver forzosamente obligada á permanecer en nuestro triste y miserable globo.

Así, pues; segun nosotros, el hombre perverso y malvado no está llamado á gozar, por lo menos inmediatamente, de la vida feliz que se encuentra en las serenas regiones del éter. Su alma permanece aquí abajo, para empezar una segunda existencia, y nos apresuraremos á añadir que la empieza sin conservar el menor recuerdo de su existencia anterior.

Tal vez se nos objetará que eso de renacer sin conservar recuerdo alguno de la vida pasada, seria lo mismo

que caer en la nada, á lo que nos condenan los materialistas. En efecto; lo que constituye la resurreccion es la identidad, y sin recuerdo, esta no existiria. El individuo, en tanto que lo fuese, caería en el abismo de la nada, si renaciera sin memoria.

Esta observacion es justa. Si despues de nuestra resurreccion al estado de sér sobrehumano, perdiéramos de un modo absoluto, irreparable, el recuerdo de nuestra vida anterior, seríamos de hecho presa de la nada. Mas apresurémonos á añadir que semejante pérdida es de corta duracion. El olvido de la vida pasada no es más que una condicion temporal, impuesta á nuestra nueva existencia; es una especie de castigo. El recuerdo de la primera vida terrestre volverá al individuo cuando haya merecido pasar al estado de sér sobrehumano, por los perfeccionamientos convenientes de su alma. Entonces acudirán á su memoria las malas acciones de su primera existencia terrestre, ó de sus existencias múltiples, si ha debido repetir muchas veces la prueba; y el pensamiento de sus malas acciones será todavía su castigo, en la mansion bienaventurada que habrá concluido por conquistar y alcanzar.

Haremos observar á las personas que no se hallen conformes con estas apreciaciones, que la cuestion de las penas y de las recompensas despues de la muerte, es el escollo en que han venido á estrellarse todas las religiones y todas las filosofías. La explicacion que damos del castigo de los malos es por lo menos preferible al Infierno del cristianismo. La vuelta á una segunda vida terrestre es efectivamente un castigo ménos cruel, más razonable y más justo que la condenacion á los tormentos eternos. La pena está aquí en proporcion del pecado; es equitativa é indulgente, como la correccion que impone un padre: no es una condenacion eterna padecida por un error de corta duracion; es una justicia misericordiosa, que pone al lado del castigo el medio de no volver á incurrir

en él: no cierra todo camino al bien por una sentencia sin apelacion para toda una eternidad; sino que deja al hombre la posibilidad de volver al camino de la dicha que sus pasiones le habian hecho desconocer, y de reintegrarse, por medio de sus méritos, en la posesion de los bienes que habia perdido.

Así, pues; opinamos que, si durante su residencia aquí abajo, el alma humana ha perdido su fuerza y sus cualidades primitivas, en lugar de atender á su perfeccion, á su ennoblecimiento, á su engrandecimiento y á su pureza; en otros términos, si ha animado el cuerpo de un individuo perverso y grosero, inculto, bajo y malvado, no abandonará la Tierra, y despues de la muerte de dicho individuo, irá á albergarse en otro cuerpo humano, perdiendo el recuerdo de su existencia anterior. En esta segunda encarnacion, el alma imperfecta y grosera, privada de toda facultad noble, desprovista de memoria, deberá empezar de nuevo su educacion moral. Aquel hombre, que renace niño, tendrá que empezar la existencia con la misma alma inculta y grosera que poseia en el momento de su muerte: de él dependerá despues volver á la senda del bien y de lo bello.

Estas *reencarnaciones* en un cuerpo humano pueden ser numerosas: deben repetirse hasta el momento en que las facultades del alma se han desarrollado lo suficiente; hasta el momento en que sus instintos se han mejorado y perfeccionado lo bastante para que el hombre se eleve sobre el nivel general de nuestra especie. Entonces, y solo entonces, esa alma convenientemente purificada, exenta de todas sus imperfecciones, podrá abandonar la Tierra, y lanzarse al espacio, despues de la muerte de la carne, para pasar al nuevo organismo que es la continuacion del hombre en la gerarquía de la naturaleza.

Debemos añadir que los niños muertos en edad temprana, los que fallecen durante su lactancia ó á los pocos

meses de su nacimiento, y mientras su alma no ha adquirido desarrollo alguno, tienen una suerte análoga. Su alma pasa al cuerpo de otro niño, y dá principio á una nueva existencia.

Por ahora nos limitamos á indicar de paso esta particularidad de nuestro sistema, que será objeto de un examen detallado en otro capítulo (1).

(1) Capítulo XV.

CAPÍTULO V.

¿Cuáles son los atributos del sér sobrehumano? — Forma física, sentidos, grado de inteligencia, facultades del sér sobrehumano.

Cualquiera que sea la temeridad que pueda haber en abordar un asunto de esta naturaleza, vamos ahora á aventurar algunas ideas sobre las radiantes criaturas que fluctúan en esas misteriosas regiones, en ese empíreo sublime que se oculta á nuestras miradas: en otros términos, vamos á esforzarnos en penetrar los atributos, formas y cualidades del sér sobrehumano.

Este, lo mismo que el humano, posee los tres elementos del agregado, reconocidos por Barthez en el hombre, á saber: el cuerpo, el alma y la vida. A fin de formarnos una lijera idea de este sér superior, habremos de examinar en particular cada uno de los tres elementos de esta trilogía natural.

Cuerpo del sér sobrehumano.— Tal vez se podrá concebir el sér sobrehumano sin cuerpo; podría imaginarse que

el alma, puramente espiritual, constituye el sér bienaventurado que se cierne en los espacios etéreos, y sin embargo, no es así como nosotros le concebimos. En nuestra opinion, esa inmaterialidad absoluta debe aplicarse tan solo á un sér mucho más elevado en gerarquía moral que el mismo sér sobrehumano, y del cual deberemos ocuparnos más adelante. Creemos que el habitante de los espacios etéreos tiene un cuerpo: que el alma, al salir de su terrenal mansion, va á albergarse, á encarnarse en un cuerpo, como lo habia hecho aquí abajo; solo que ese cuerpo debe estar adornado de cualidades infinitamente superiores á las que realzan al cuerpo humano.

Nos preguntaremos desde luego, cuál puede ser la forma de dicho cuerpo. Los pintores del Renacimiento, imitados por los modernos, dan al ángel la forma de un hombre, jóven y bello, provisto de blancas alas para volar á través de los aires. Esta imágen es á la vez poética y grosera: lo primero, porque responde á la idea que debemos formarnos del sér radiante que recorre las regiones etéreas; lo segundo, porque dá á una criatura, muy superior al hombre, los atributos físicos del hombre mismo, lo cual no es admisible.

Los pintores que, siguiendo el ejemplo de Rafael, representan los querubines con una cabeza de niño provista de dos alas, espresan la misma idea, pero de una manera más profunda. Al suprimir la mayor parte del cuerpo, y reduciendo el sér seráfico á la cabeza, asiento de la inteligencia, parecen decirnos que la parte espiritual domina, en el ángel cristiano, á la material, en una inmensa proporcion.

No esperen nuestros lectores que vayamos á designar la forma que debe tener el cuerpo de los habitantes del éter. Todo cuanto podemos decir es, que siendo el éter un fluido escesivamente sutil y enrarecido, es preciso, para

que el sér sobrehumano pueda flotar y volar en una masa tan lijera, que él mismo sea prodigiosamente lijero; que esté compuesto de sustancias extraordinariamente sutiles. Un débil tejido material animado por la vida, un diáfano y vaporoso manto de materia viviente; así es como nosotros representamos el sér sobrehumano.

¿Cómo se mantiene el cuerpo de este sér? ¿Necesita, como el del hombre y el de los animales, reparar sus pérdidas y alimentarse? Responderemos con toda seguridad que los habitantes del éter están exentos de la alimentación, obligacion tiránica de la especie humana y de las especies animales. Su cuerpo debe repararse y mantenerse con la sola respiracion del fluido en que está sumerjido, es decir, del éter.

Es efectivamente preciso fijarse en que las necesidades de la alimentacion ocupan un lugar notable en la vida de los animales. Muchos de estos, sobre todo, los que viven en el agua, están obligados á comer sin cesar, á comer siempre, so pena de morir de inanicion. La necesidad de comer y beber es menos imperiosa en los animales superiores, porque la funcion respiratoria proporciona al cuerpo, por medio de la absorcion del oxígeno y de un poco de ázoe, cierta dósís de elementos reparadores que suplen á las sustancias alimenticias, ventaja sumamente apreciable en el hombre. Nuestra respiracion es una funcion de suma importancia y que subviene en gran escala á la reparacion de los órganos. El oxígeno que nuestra sangre arrebatá al aire durante la respiracion, entra por mucho en nuestra nutricion. El oxígeno inspirado por las aves, cuya funcion respiratoria es muy activa, teniendo un gran desarrollo los órganos que ejercen en ellas esta funcion, entra asímismo por mucho en su nutricion.

Segun esto, creemos que en el sér sobrehumano basta la respiracion de la atmósfera etérea para la conservacion del cuerpo material y, por consiguiente, que la necesidad de comer y beber queda en él suprimida.

No sé si el lector se formará una idea exacta de las consecuencias que debe traer en pól la ausencia de toda necesidad de alimentacion en los séres que nos ocupan. Fácilmente se comprenderán esas consecuencias, desde el momento en que se considere que la causa de las miserables condiciones de la vida de los animales, es la obligacion de ocuparse de su alimentacion. Obligados sin cesar á atender á su subsistencia, los animales apenas se entregan á otros cuidados que á los de esta embrutecedora preocupacion: de aquí se siguen sus querellas, sus pasiones y sus males. Otro tanto sucede con el hombre, si bien en menor escala. La necesidad de procurarse el alimento diario, la obligacion de ganar el pan de cada día, segun la frase vulgar, es la causa principal de las fatigas y de los sufrimientos de nuestra especie. Supongamos por un momento que el hombre pueda vivir, desarrollar y conservar su vida sin comer, por bastar la respiracion del aire á la reparacion de sus órganos: ¡qué revolucion no se operaria en las sociedades humanas! Las pasiones odiosas, las guerras, las rivalidades, desaparecerian de la faz de la tierra: la edad de oro, soñada por los poetas, seria la consecuencia segura de semejante disposicion orgánica.

Este beneficio de la naturaleza, este privilegio envidiable, negado al hombre, es positivamente el ornamento del sér sobrehumano. Debe, por lo tanto, deducirse de ello, que las malas pasiones, triste atributo de nuestra especie, han de ser totalmente desconocidas, por esta misma causa, en la mansion de aquellos afortunados séres. Libres del cuidado de buscar su alimento, viviendo y reparando sus fuerzas por el solo efecto de la respiracion, acto involuntario y que se ejerce inconscientemente (como se ejercen en el hombre y en los animales la circulacion de la sangre ó la absorcion), los habitantes de los espacios etéreos deben entregarse esclusivamente á las impresiones de una dicha y de una serenidad jamás turbada.

Las fuerzas de nuestro cuerpo se gastan rápidamente: no podemos hacer uso de nuestros órganos durante cierto tiempo sin llegar á sentir el cansancio. Para trasladarnos de un punto á otro, para levantar grandes pesos, para andar, subir ó bajar, nos vemos precisados á gastar nuestras fuerzas, y á defenernos porque la lasitud se apodera de nosotros. El pensamiento tampoco puede ejercerse sin esfuerzo más que durante cierto tiempo. Al cabo de un intervalo bastante corto, la atencion se debilita y el pensamiento queda en suspenso. Por último, nuestra máquina corporal, tan bien dispuesta, pero tan delicada, está sujeta á mil desarreglos, á los cuales damos el nombre de enfermedades.

Los habitantes del éter están exentos de ese sentimiento penoso producido por el cansancio, de esa continua amenaza de enfermedades ocasionadas por el desarreglo de nuestros órganos. Ellos no tienen necesidad, como nosotros, de disfrutar algun reposo despues de hacer ejercicio. Inaccesible á la fatiga, el cuerpo del sér sobrehumano no necesita descanso. No viéndose embarazado entre los mil engranajes de una máquina complicada, subsiste y se mantiene por la sola fuerza de su principio vital. Su única funcion fisiológica consiste probablemente en la inspiracion del éter, y se comprende que dicha funcion pueda ejercerse sin necesidad de numerosos órganos, cuando vemos que en toda una clase de animales, los batracios, la piel simple y desnuda sirve para la respiracion.

Se comprenderá la extraordinaria simplicidad que debe presentar el cuerpo del sér sobrehumano, si admitimos que la respiracion es la única funcion que tiene que ejercer. Los numerosos y complicados órganos y aparatos que existen en el cuerpo del hombre y de los animales, tienen por objeto el ejercicio de las funciones de nutricion y de reproduccion. Desde el momento en que se suprimen dichas funciones en el sér que nos ocupa, su cuerpo debe

encontrarse aliviado de un peso igual al que aquellos representan. Todo debe reducirse, pues, además de la respiracion, á la conservacion y entretenimiento de las facultades del alma; todo debe concurrir esclusivamente á mantener el espíritu en su estado más perfecto.

Con razon admiramos el sábio mecanismo del cuerpo del hombre y de los animales; pero si la anatomía humana nos revela prodigios de estructura, maravillas de prevision, para asegurar la conservacion del individuo y su reproduccion, ¡cuán grandes no serian las maravillas que nos ofreceria, si nos fuera dable conocerla, la organizacion del cuerpo del sér sobrehumano, en el que todo debe estar calculado para asegurar el entretenimiento y el perfeccionamiento del alma! ¡Qué agradable sorpresa no nos causaria comprender la utilidad y el objeto de las diferentes partes de ese sér celestial y glorioso; descubrir las relaciones de semejanza ó de origen entre la viviente economía humana y la economía viviente del sér sobrehumano, lo mismo que adivinar las relaciones que pueden existir entre los órganos del sér sobrehumano, y los que deberán acompañar en otra vida aun más superior, al mismo sér, resucitado de nuevo en gloria y perfecciones!

La organizacion particular del sér que describimos, debe concederle la facultad de trasladarse en un corto espacio de tiempo de un punto á otro; la de atravesar distancias con una rapidez extraordinaria. Puesto que nosotros, pobres humanos, devoramos el espacio con el pensamiento y con él viajamos en un abrir y cerrar de ojos desde á un extremo á otro del globo, es de presumir que el sér sobrehumano, en quien domina el principio espiritual, disfrute del admirable privilegio de atravesar la estension con una rapidez comparable á la de la electricidad.

El sér sobrehumano, que no necesita beber, ni comer,

ni descansar, que siempre es activo y constantemente sensible, pasa sin dormir. Tan innecesario le es el sueño para restaurar sus fuerzas como el alimento para producir esas mismas fuerzas.

Es sabido que la necesidad de dormir priva al hombre de la tercera parte de su existencia. Un hombre que muere á los treinta años, no ha vivido en realidad más que veinte: ¡ ha estado durmiendo lo restante del tiempo ! ¡ Cuán triste idea de la condicion del hombre nos ofrece esta consideracion ! Pero, ¿ de qué procede esta necesidad de dormir ? Procede de que nuestras fuerzas, gastadas por el ejercicio, necesitan rehacerse en la inaccion y la inmovilidad, en la suspension momentánea de la mayor parte de los actos de la vida, en una especie de muerte pasajera. Durante el sueño, el hombre prepara y almacena las fuerzas que deberá emplear durante la vigilia: consagra la noche á esta reparacion física, tanto para conformarse á lo que observa en el resto de la naturaleza, cuanto por obedecer á las costumbres de la civilizacion. Mas es probable que en el sér sobrehumano las fuerzas sean inagotables, y que para rehacerse no tengan necesidad de ese estado de sueño, una de las más duras tiranías de la condicion humana. Todo induce á creer que la vigilia es un estado permanente en el sér sobrehumano, y que la palabra *sueño* carece de sentido para él.

Debe además tenerse en cuenta que la noche es una cosa desconocida para todos los séres que flotan en los espacios etéreos. La noche y el dia tienen lugar alternativamente para nosotros, á consecuencia de la rotacion de la Tierra sobre su eje, rotacion que hace perder á la Tierra la vista del Sol durante la mitad de su revolucion. Este movimiento de rotacion arrastra consigo á nuestra atmósfera, pero no se extiende más léjos, ni influye para nada en el éter, situado más allá de dicha atmósfera. Aquella masa fluida permanece inmóvil, mientras la Tierra y su

atmósfera giran sobre su eje. Los séres sobrehumanos que habitan (segun nuestro sistema; téngase esto presente) el éter planetario, no se ven arrastrados por dicho movimiento: ven á la Tierra dar vueltas, por decirlo así, bajo sus piés; mas colocados fuera de este movimiento, no pierden nunca de vista al radiante astro.

La noche es, segun hemos dicho, un fenómeno accidental que solo concierne á los planetas, los cuales tienen un hemisferio ora iluminado y ora no iluminado por el Sol; pero el resto del universo no conoce la noche. Los séres sobrehumanos que flotan en las regiones situadas mucho más allá de los planetas, contemplan siempre al astro esplendente: su existencia se desliza en medio de un océano de luz.

Si ahora pasamos á los sentidos que deben poseer los séres sobrehumanos, diremos:

1.º Que el sér sobrehumano ha de estar desde luego adornado de los mismos sentidos que se han desprendido de nosotros; pero que esos mismos sentidos deben ser infinitamente más esquisitos que los nuestros;

2.º Que debe poseer sentidos particulares, que nos son desconocidos.

¿ Cuáles son los nuevos sentidos de que goza el sér sobrehumano? Nos seria imposible dar una respuesta satisfactoria á esta pregunta. Tan solo conocemos los sentidos por el uso que nosotros mismos hemos hecho de ellos, y por grande que fuese el génio de cualquier hombre, no podria hacerle adivinar el objeto de un sentido que no le hubiere concedido la naturaleza. Si nos esforzamos en dar á un ciego de nacimiento la idea del color encarnado, nos responderá seguramente: « Sí, sí, comprendo; es un color brillante como el sonido de la trompeta! » Si queremos dar una idea del sonido del arpa á un sordo de nacimiento, nos dirá: « Sí, es tierno y dulce como el verdor de los prados! » Renunciamos, pues, á determinar la especie de

los sentidos de que la naturaleza ha dotado á los séres que viven en las llanuras del éter : estos sentidos se refieren á objetos é ideas cuya nocion nos está vedada.

Es bastante conocida la historia del ciego de nacimiento operado por el cirujano Childesen, y que, habiendo recuperado la vista, tardó mucho tiempo en saber servirse de sus ojos, y tuvo que educar uno por uno todos sus órganos y darse lentamente cuenta de su uso. Igualmente se conoce la bella ficcion de Condillac sobre el hombre que supone venido al mundo privado de los principales sentidos, como son el de la vista, el del tacto y el del oido, y que por lo tanto carece de ideas. Concediéndole paulatinamente cada sentido, el filósofo compone, pieza por pieza, un alma que siente, y un espíritu que piensa. Esta idea filosófica ha sido muy admirada.

Lo mismo que el hombre-estátua de Condillac, nosotros no somos aquí abajo más que imperfectas estatuas que solo gozan de un número muy insignificante de sentidos ; pero cuando hayamos llegado á los dominios superiores que se han de abrir á nuestros destinos engrandecidos, estaremos en posesion de sentidos nuevos, que nuestra razon entrevé y nuestro corazon ansía.

Conforme hemos dicho más arriba, no podemos adivinar qué clase de sentidos se le otorgarán al sér sobrehumano ; porque se refiere á objetos, ideas y fuerzas exclusivamente peculiares á los mundos que hoy están ocultos á nuestras miradas. El reino del éter planetario tiene su geografia, sus potestades, sus pasiones y sus leyes ; tales son los objetos en que deberán ejercitarse los nuevos sentidos de que gozarán los hombres que vayan á resucitar en la gloria. Pero como todo esto es un misterio absoluto para nosotros, nos es imposible penetrar la especie de sentidos que nos permitirán comprenderlo y gozar de él despues de nuestra resurreccion.

Lo que podemos única y simplemente sentir es la

perfeccion que alcanzarán los sentidos que hoy poseemos, esto es, la vista, el oído, el tacto, el olfato y el gusto: podemos presentir su perfeccionamiento á juzgar por el extraordinario estado de desarrollo en que vemos uno ú otro de dichos sentidos en los animales.

El sentido del olfato está desarrollado en el perro de caza hasta un grado que confunde nuestra imaginacion. A pesar de lo vulgar del hecho ¿cómo podemos explicarnos que el perro perciba las emanaciones odoríferas de una liebre ó de una perdiz, cuando han transcurrido muchas horas desde que se alejó del sitio en que aquel se halla, y se encuentre á bastantes leguas de distancia? Por el mismo estilo nos asombra la perfeccion de la vista del águila y de las aves de rapiña, las cuales, cerniéndose en las nubes, divisan en la Tierra una presa mucho más pequeña que ellas mismas, y se precipitan sobre ella, sin desviarse en un ápice de la línea perpendicular. No menos sorprendente es la perfeccion del tacto del murciélago, que privado accidentalmente de la vista, sabe sustituirla tan bien por el tacto, merced á sus alas membranosas, que hiende sin vacilar el aire, y halla su camino aun en el interior de las habitaciones, ni más ni ménos que si viera con toda claridad. ¿Cuán exquisita no será la sensibilidad del oído del indio salvaje, cuando aplicándolo contra el suelo, percibe el rumor de los pasos de un enemigo que camine á una legua de distancia, y cuál no será tambien la del músico, que por medio del trabajo ó de sus disposiciones naturales, llega á conocer en un trozo de música, y en medio de cincuenta instrumentos diferentes, que suenan á la vez, la diferencia de un cuarto de tono en uno solo de dichos instrumentos?

Supongamos que los sentidos del sér sobrehumano hayan adquirido el grado de actividad extraordinaria que pueden alcanzar los animales y el hombre en ciertos casos, y podremos formarnos una idea del poder y de la estension de semejante teclado sensorio.

Podemos además formárnosla de la perfeccion que lograrán adquirir los sentidos en el hombre resucitado, si consideramos el aumento de poder que cualquiera de los nuestros puede recibir del concurso de la ciencia y del arte. En efecto; antes de la invencion del microscopio, nadie se figuraba que al ojo le fuera posible penetrar en ese mundo en miniatura llamado con tanta propiedad lo *infinitamente pequeño*, entonces absolutamente desconocido: nadie era capaz de adivinar que en una gota de agua, por ejemplo, pudieran verse miriadas de séres vivientes. Esos séres han existido en todo tiempo; pero el hombre no habia podido contemplarlos hasta hace *dos siglos*: hasta entonces, pues, habia permanecido ignorada nuestra potencia visual para los séres microscópicos. Hoy el estudiante de imaginacion más limitada vé con ojo indiferente lo que no pudieron contemplar ni sospechar siquiera Aristóteles, Hipócrates, Plinio, Galieno, Alberto el Grande y Rogerio Bacon. Otro tanto ha sucedido con la invencion del telescopio. El descubrimiento de este instrumento, que tuvo lugar en tiempo de Keppler y de Galileo, extendió en un instante los límites de la inteligencia humana, abriéndole en un momento un dominio que hasta entonces habia permanecido cerrado á sus investigaciones. Allí donde Hiparco y Ptolomeo no consiguieron ver nada, Galileo, Huggens, Keppler, armados del telescopio, hicieron en algunas noches descubrimientos que jamás se habian sospechado, sin ese instrumento maravilloso. Los satélites de Júpiter y de Saturno, una multitud de estrellas nuevas, las fases de Venus, y más adelante el descubrimiento de nuevos planetas tan solo visibles con el auxilio del telescopio, la observacion de las manchas del sol, la resolucion de las *nebulosas* en un monton de estrellas; todo esto fué la consecuencia casi inmediata de la invencion del citado instrumento. De esta suerte es como se conoció que el ojo humano, auxiliado por el

arte, puede penetrar en las más lejanas regiones del cielo.

Supongamos ahora, que la vision reuniera la potencia de nuestros telescopios á la de nuestros microscopios, es decir, que pudiera distinguir, además de los objetos colocados á la distancia ordinaria, los objetos microscópicos y al mismo tiempo los cuerpos celestes invisibles á la simple vista, y se tendrá una idea de lo que puede ser la vision en el sér sobrehumano.

No tenemos necesidad de decir en cuán extraordinarias proporciones se aumentaria el conjunto de nuestros conocimientos, si el ojo pudiese gozar de ese prodigioso grado de acomodamiento, si le fuese dable funcionar á la vez como telescopio y como microscopio. ¡Qué gigantescos pasos darian las ciencias! ¡Cuán grandes serian los progresos de la química si nuestros ojos pudieran penetrar en el interior de los cuerpos, ver descubiertas sus moléculas, apreciar su volúmen relativo, su organizacion, y la forma y el color de sus átomos! Una sola y rápida ojeada nos revelaria cuanto el génio de un Lavoisier no ha podido penetrar en la naturaleza íntima de las combinaciones químicas. La fisica ya no tendria misterios para nosotros, porque á la simple vista conoceríamos lo que procuramos adivinar á fuerza de constancia y de trabajo, por medio del raciocinio y de experimentos difíciles é inciertos. *Veríamos* cómo y por qué los cuerpos se calientan y se electrizan. *Veríamos* en qué consiste el calor ó la luz. Tendríamos la esplicacion de las leyes matemáticas, bajo cuya norma se ejercen las fuerzas físicas; la luz, el calórico y el magnetismo. Nuestros ojos serian suficientes para resolver los problemas de física y de química que han detenido el génio de los Newton, de los Malus, de los Ampère y de los Gay-Lussac.

Creemos firmemente que el sentido de la vista del sér sobrehumano está dotado de tan maravillosa potencia.

Podríamos hacer el mismo razonamiento con respecto á

los otros sentidos; pero nos basta con haber dado á comprender, por medio de este ejemplo, la manera cómo pueden perfeccionarse y adquirir un esquisito desarrollo los sentidos que solo existen en un estado imperfecto ó rudimentario en el hombre.

Añadiremos tan solo que el resultado forzoso de este grado de perfeccion de los sentidos, debe ser el de que se ejerzan con una rapidez de que únicamente puede darnos una idea la de la electricidad ó de la luz, es decir, que esos sentidos, como los fluidos citados, deben ejercerse á una gran distancia y con no menor prontitud. Si el cuerpo entero del sér sobrehumano puede trasladarse con una celeridad incomparable de un punto á otro, segun lo hemos admitido, sus sentidos deben percibir igualmente á grandes distancias.

No creemos equivocarnos, en tésis general, al comparar á la electricidad y á la luz las acciones que se ejercen en el mundo invisible que hemos tenido la temeridad de recorrer.

¿El sér sobrehumano participa de algun sexo? Seguramente que no; y tal ha sido la opinion de la religion cristiana con respecto al ángel. Al ángel cristiano se le representa indistintamente con facciones de hombre ó de mujer: con el dulce rostro de un adolescente, ó bajo el seductor aspecto de una doncella: el sexo se suprime: el individuo es andrógino. Otro tanto debe suceder por lo que hace al sér sobrehumano. El cariño recíproco que reina entre los felices habitantes del éter, no debe exigir la diversidad de sexos.

Es cosa digna de observacion que los sentimientos afectuosos adquieren mayor pureza á medida que se eleva la escala de los animales al hombre. Los animales apenas conocen el dulce sentimiento de la amistad; el amor, con sus impulsos materiales, domina en ellos casi exclusivamente.

Los sentimientos afectuosos que los animales poseen, aparte del amor carnal, se reducen á los de la maternidad, que son vivos y sinceros, pero de corta duracion. Sus hijuelos son objeto de caricias y de prolijos cuidados, en tanto que su debilidad los hace indispensables; mas tan luego como llegan á su adolescencia, y se hallan en disposicion de vivir con sus propios recursos, se ven abandonados por sus madres, que ni siquiera vuelven á conocerlos durante el resto de su vida. Así, pues, hasta el mismo cariño maternal es de una duracion muy limitada en los animales; lo único constante que hay en ellos es el sentimiento del amor, que se desprende de la propension de los sexos. Los sentimientos afectuosos del hombre son numerosos, y á veces nobles y puros. Amamos á nuestros hijos y á nuestras madres, mientras el corazon late en nuestros pechos: amamos á nuestros hermanos, hermanas y padres, con un sentimiento que no tiene nada de carnal, profundamente arraigado en nuestra alma. Si el amor está ligado frecuente é indisolublemente á los deseos físicos, puede librarse de ellos; una amistad desinteresada, sobrevive á menudo á la estincion de los sentidos. Esto es lo que nos hace infinitamente superiores á los animales. Demos un paso más: avancemos hasta llegar al sér sobrehumano, que es el eslabon que continúa nuestra especie, y encontraremos indefectiblemente el sentimiento del cariño enteramente desprendido de la diversidad de sexos. Los séres sobrehumanos participan del mismo tipo orgánico, en la dichosa y elevada mansion que habitan. Para quererse, no necesitan pertenecer á dos sexos opuestos, á dos grupos de organizacion diferente: la ternura es el resultado de la serenidad, de la inefable bondad de las almas, de la simpatía que excitan sus mútuas perfecciones.

Por otra parte, los dominios etéreos que nos esperan son el punto de reunion de los séres que se han amado

sobre la Tierra. Allí es donde el hijo volverá á encontrar á un padre arrebatado á su cariño ; donde la madre se reunirá á una hija adorada, que la muerte habia arrancado de sus brazos ; donde los esposos volverán á verse, y los amigos continuarán su amistad, momentáneamente interrumpida. Pero bajo la nueva forma de que estarán revestidos en el cuerpo perfeccionado , habitáculo de su alma regenerada, no habrá sexo ; la ternura es un sentimiento noble, ideal y de una pureza exquisita.

¡ Cuán ciego é interesado es el amor en la Tierra !
¡ Cuán estrecha y egoísta nuestra amistad ! ¡ Cuántas dificultades encuentra para extenderse, dilatarse, y enlazar con sus dulces cadenas á la totalidad del género humano !
¿ Por qué le ha de costar tanto trabajo elevarse hasta la sublime altura de los mundos ? ¿ Por qué no hemos de amar á Dios como amamos á nuestros prójimos ? En las esferas superiores sucederá lo contrario. Nuestra facultad de amar, cuya expansion contienen hoy los vínculos de la carne, se verá libre de todo atractivo sensual. El apetito carnal no será ya la consecuencia obligada del amor, sino que se eximirá de todo impulso físico irresistible, se desprenderá de toda alianza impura. El hombre, resucitado en la gloria, amará á la que fué su esposa, como hoy ama á sus hijos, á sus hermanos y á sus amigos: los sentidos no degradarán ya sus afecciones, y la dicha que le hará disfrutar ese sentimiento purificado, atemperado de nuevo en más claros y perfectos manantiales, bastará á llenar, á colmar los deseos de su alma. Su facultad amorosa se extenderá á la naturaleza entera ; se desplegará en esferas más elevadas ; se exaltará merced á más sublimes sensaciones que le hará sentir ese amor universal, esa inmensa simpatía hácia toda la creacion. La verdadera caridad, esto es, la caridad que tiene por punto objetivo el universo entero, inflamará los corazones. El amor de Dios ejercerá su omnipotente influjo sobre esas afecciones

múltiples desde la inconmensurable elevacion de su poder infinito, y la sublime adoracion del Creador de los mundos coronará el irresistible impulso de los sentimientos de amor hácia nuestros semejantes.

Pero, tal vez se nos objete: si los séres sobrehumanos carecen de sexo, ¿cómo tiene lugar la reproduccion; cómo se conserva, cómo se multiplica la especie? La reproduccion no es necesaria; la especie no tiene necesidad de conservarse ó de multiplicarse en los séres sobrehumanos. La reproduccion y la conservacion de la especie son obras esclusivas á los habitantes de los mundos inferiores, es decir, á los de la Tierra y los planetas: tal es su destino y la obligacion que les impone la naturaleza. Mas la reproduccion es completamente inútil y desconocida para los habitantes de los mundos superiores, para los séres afortunados que viven en el éter planetario, porque reciben de la Tierra y de los otros planetas la comitiva de sus nuevas falanges. La renovacion de estas legiones de elegidos tiene lugar por medio de los incesantes refuerzos que reciben de los mundos inferiores. Abajo se verifica la multiplicacion de los individuos; arriba está la morada de los séres bienaventurados; y estos últimos no tienen necesidad de atender á la conservacion de su especie, puesto que las leyes de su destino difieren completamente de las del hombre terrestre. La reproduccion es el lote de los mundos inferiores; la permanencia, la pension de los mundos de arriba.

Con el título de *Memorias de un proscrito*, se ha publicado en 1869, un libro singular, que no es una auto-biografía ni una novela, y que, sin embargo, se parece á una y otra. En las *Memorias de un proscrito*, se encuentran algunas luminosas consideraciones sobre la vida futura. El autor anónimo discute el dogma de la resurreccion católica en las *Notas* colocadas al final de la obra; y bajo

el título de *Fragmento*, concluye su trabajo con una especie de disertacion sobre el *amor en el cielo*, ó sobre la *inmortalidad del amor entre esposos*, siempre que el origen del matrimonio se haya basado en el vínculo de un amor verdadero, y que este vínculo se haya conservado por la fidelidad en la viudez.

El autor afirma al parecer, que en el mundo superior se conservará la diferencia de sexos que allí producirá un amor especial, mucho más intenso que el amor terrestre. Para él el amor de la Tierra consiste en una iniciacion, en una preparacion á aquel amor celestial y sublime, que será libertado de los apetitos carnales, pero que no por eso dejará de admitir la union y la penetracion mútua de dos almas amantes.

« Vanos fueron mis esfuerzos, dice el autor anónimo de las *Memorias de un proscrito*, para espresar á Nelly todo mi amor; mis manifestaciones, singularmente incompletas, no eran más que el primer balbuceo de un lenguaje divino, que llegaré á hablar algun día, así lo he presentado, porque los goces fugitivos é insuficientes del amor terrestre no respondian á las necesidades de un corazon insaciable; un amor infinito necesita, cuando menos, una vida eterna.

» Lo que siento en mí mismo, no es tan solo una necesidad infinita de amar, sino la necesidad de amar á Nelly incesantemente, de desahogarme en su alma, de refundirme en ella. Pero como la asimilacion por medio del amor solo puede operarse lentamente, no bastaria para mi objeto la vida terrestre más duradera, aun cuando la consagrara exclusivamente al amor. Para que esta asimilacion pueda efectuarse, es forzoso que esos amores no cambien de objeto. El lazo de amor entre dos séres debe ser indisoluble por naturaleza, puesto que el objeto del amor (la mútua penetracion), no puede alcanzarse más allá de la tumba.

» ¡ Que la muerte ha de romper los lazos del amor! ¿Y, por qué? Esta es una hipótesis gratuita, un hecho inverosímil, puesto que vemos que el amor subsiste en el corazón del sobreviviente. ¿Hallamos acaso en la muerte un fin que por su naturaleza destruya el amor? No: la muerte solo ejerce su influjo sobre nuestro cuerpo; mas no sobre nuestra alma: es una disgregacion de la materia, una destruccion de lo que con ella se relaciona: puede extinguir mis sensaciones; nunca mis sentimientos...

» Nuestros corazones desunidos vivirían el uno sin el otro, se dice. Pero es que no somos ya dos corazones. Cuando dos cotiledones dan nacimiento á una planta, á una sola y única planta, esta absorbe toda la sustancia de aquellos: viven en ella, y no de otra suerte, siéndoles imposible recobrar una existencia distinta. Así también nuestros corazones, unidos por el amor, han sido absorbidos en una planta divina: no podemos ya vivir sino en esa sociedad. ¿Separados? Jamás.

» ¿Pero, á qué conduce desarrollar argumentos filosóficos para dejar consignado que nuestra vida de amor continuará en el Cielo? Poseo otras pruebas superiores á los argumentos. He entrevisto en los goces infinitos de mi matrimonio, en ciertos relámpagos que desgarraban el velo de los Cielos, sí, he presentado las delicias de la vida futura. He percibido la fusion de las almas, y el estado de penetracion mútua que deseamos alcanzar. ¡Oh! Es seguro que disfrutaremos esa dicha, pero no ya durante los cortos instantes de exaltacion sobrehumana, sino para gozar de ella como de un bien cuya posesion continúa puede absorber todas nuestras aspiraciones.

» Tal es la vida futura, continuacion del amor bosquejado sobre la Tierra. ¿Cómo no creer en ella, si la he vivido prematuramente, si nuestro amor ha ido en progresion no interrumpida, si se ha acrecentado con la

viudez, y sentimos que continuará así indefinidamente (1)?»

Forzoso es convenir en la elevacion de estas ideas y en el acento de profunda conviccion personal que las inspira. En cuanto al sistema que el autor concibe, es decir, la fusion de dos séres en uno solo, en los espacios celestes; en cuanto á ese sistema, que nos representa á dos séres amantes que se combinan para formar en nuevo y único sér, como los dos cotiledones de una semilla se refunden en una planta única y forman un individuo nuevo por la union de dos séres, separados hasta entonces, es indudablemente digno de atencion, pero no nos atreveríamos á adoptarlo. Creemos que aun más allá de la tumba subsiste la personalidad completa.

Alma del sér sobrehumano.—En una escelente obra de vulgarizacion científica, en *El Universo*, del doctor F. Pouchet, director del museo de Historia natural de Rouen, hemos leído una observacion que nos ha sorprendido. M. Pouchet nos dice, que un naturalista aleman, Bremser, sienta en principio que la materia y el espíritu se hallan en proporciones casi idénticas en el hombre, es decir, que en el hombre existen por mitad el espíritu y la materia. Para aventurar esta proposicion, se funda Bremser en la consideracion de que en el hombre, tan pronto es el espíritu el que manda y sojuzga á la materia, como es la materia la que dicta leyes al espíritu, y casi siempre con idéntico influjo y resultado, por una y otra parte (2).

(1) *Memorias de un proscrito*, págs. 510, 513-14.

(2) «Debemos considerar, dice Bremser, que el hombre no es un espíritu puro, sino un espíritu limitado de diferentes modos por la materia: en una palabra, el hombre no es un Dios; pero, á pesar del cautiverio del espíritu en su corporalidad, se ha hecho lo suficientemente libre en sí mismo para poder discernir que está

Admitiendo como exacta, con el sábio aleman, esa relacion, diremos que mientras la proporcion entre el alma y el cuerpo del hombre es de 50 por 100, esa misma proporcion debe ser indudable y aproximadamente de 80 á 85 por 100 en el sér sobrehumano; bien entendido que si fijamos esta valuacion, es tan solo para hacer más clara nuestra idea. La cifra que establecemos no tiene más objeto que probar que pueden subordinarse al peso, á la medida y á la comparacion los hechos del órden intelectual, á pesar de que todo el mundo lo juzga imposible.

El alma tiene, pues, una gran preponderancia en el sér sobrehumano, y esto es lo que importa saber. Probemos ahora de analizar el alma del sér sobrehumano, del mismo modo que hemos analizado los sentidos.

Si los sentidos del sér sobrehumano son tan numerosos

regido por un espíritu mas elevado que el suyo, es decir, por un Dios.

»Suponiendo que hubiese una nueva creacion, debe asimismo presumirse que en ella verian la luz séres mucho más perfectos que los que han sido el resultado de las creaciones precedentes. El espíritu del hombre con relacion á la materia está en proporcion de 50 á 50, con algunas ligeras diferencias en más ó en ménos, porque tan pronto es el espíritu el que domina como la materia. En una creacion subsiguiente y dado caso de que la que ha formado al hombre no sea la última, deberán existir, segun todas las apariencias, organizaciones en que el espíritu obre más libremente y en las que se halle en la relacion de 75 á 25.

»De esta consideracion resulta que el hombre ha sido formado como tal en la época más pasiva de la existencia de nuestra Tierra. El hombre es un triste término medio entre el animal y el ángel; aspira á poseer conocimientos más elevados, sin poder lograrlo, y aun cuando nuestros filósofos modernos lo crean conseguir algunas veces, en realidad no sucede. El hombre pretende profundizar la causa primordial de todo lo que existe, pero no puede satisfacer este deseo. Si tuviera menos facultades intelectuales, no abrigaria la presuncion de querer conocer esas causas, cuando por el contrario, le serian claras y patentes si estuviere dotado de una imaginacion mas lata.» (*El Universo*. París, 1872, pág. 730).

como exquisitos, las facultades de su alma, ligadas íntimamente al ejercicio de los sentidos y dependientes de su perfeccion, deben ser singularmente activas y poderosas. Compréndese que las facultades mentales del hombre sean débiles y limitadas. Debemos permanecer en la tierra un tiempo tan corto que de nada nos servirían unas facultades poderosísimas, ó no tendrían tiempo de desarrollarse ó emplearse eficazmente. Pero en el mundo superior que nos espera, todo se eleva, todo se engrandece; por consiguiente, las facultades del sér pensador que habita las regiones del espacio deben ser numerosas y de una capacidad ilimitada.

Por lo que respecta á las facultades del alma en el sér sobrehumano, repetiremos lo que hemos dicho al tratar de sus sentidos. El sér sobrehumano debe estar provisto de facultades nuevas, y las que ha llevado de la Tierra han de perfeccionarse con especialidad.

Imposible fuera determinar la naturaleza y el objeto de las nuevas facultades de que estará dotado el sér sobrehumano, por cuanto se refieren á ese mundo superior que nos es desconocido; y porque responden á necesidades morales de que no tenemos la menor idea. Renunciemos desde luego á descubrir la naturaleza de esas facultades, y contentémonos con examinar el grado de perfeccionamiento que pueden recibir las facultades del alma que hoy forman parte de la existencia del hombre.

La atencion, el pensamiento, la razon, la voluntad, el racionio, que nos hacen lo que somos, deben adquirir en el sér sobrehumano una fuerza y una seguridad enteramente particulares. La Bruyère ha dicho que lo más raro en este mundo era el *espíritu de discernimiento*, lo cual quiere decir que el buen sentido y el juicio son infinitamente raros en los hombres. Cuán fundada es la opinion de este gran moralista, lo reconocerá todo el que haya vivido algun tiempo entre ellos. Sin pecar de misán-

tropos, podemos asegurar *que de cada cien hombres, escogidos al acaso, apenas hay uno ó dos de sano criterio. En la mayor parte de los hombres, la ignorancia, las preocupaciones, la pasión, combaten el raciocinio; de suerte que el buen sentido es, como afirma la Bruyère, más raro que los diamantes y las perlas. Esa grande y preciosa facultad de que carece la mayor parte de los hombres, no debe faltarles á los habitantes del otro mundo; debe ser la regla universal, mientras que aquí abajo es la escepcion.

La memoria es la más preciosa de cuantas facultades poseemos, para formarnos estensas ideas, y comparaciones en que tenga el conocimiento su origen. Pero, tratándose del hombre, ¡cuán imperfecta, vacilante y como valetudinaria es la memoria! Tan absoluto silencio guarda por lo que se refiere á la época que ha precedido á nuestro nacimiento, y durante la cual, sin embargo, existíamos, como muda permanece para cuanto se relaciona con los primeros años de nuestra vida. No conservamos el menor recuerdo de los cuidados que hemos recibido en los albores de nuestra infancia. Si nuestra madre fallece, dejándonos huérfanos en la edad más tierna, no solo no la hemos conocido, sino que es lo mismo que si no hubiera existido para nosotros. Si las personas que nos han visto en la cuna no nos refirieran nuestras acciones durante este período, las ignoraríamos totalmente. Es preciso que veamos niños envueltos en pañales, fajados, con chichonera, con andadores, para convencernos de que hemos pasado por las mismas vicisitudes. Las más profundas tinieblas rodean nuestros primeros pasos, nuestra cuna, así como nuestra permanencia en el cláustro materno; tanta es nuestra ignorancia con respecto á lo que ha tenido relacion con nosotros antes de entrar en la vida, como lo es con lo que la tiene mas allá de la muerte.

La memoria, que apenas empieza á desarrollarse á la

OBRAS PUBLICADAS

AUTORES NACIONALES.

- Aleman.—Vida y aventuras del pícaro Guzman de Alfarache. Dos t., 28 rs.
Amadis de Gaula.—4 t., 56 rs.
Bofarull.—Hazañas y recuerdos de los Catalanes. 12 rs.
Cervantes.—Novelas ejemplares. 2 t., 24 rs.
Conde.—Historia de la dominacion de los árabes. 3 t., 42 rs.
Fr. Luis de Granada.—Guía de pecadores. 2 t., 28 rs.
Fr. Luis de Leon.—Nombres de Cristo.—La Perfecta Casada. 2 t., 28 rs.
Infante D. Juan Manuel.—El Libro de Patronio, ó el Conde Lucanor. 42 rs.
Melo.—Historia de los Movimientos, Separacion y Guerra de Cataluña. 14 rs.
Mendoza.—Guerra de Granada. 12 rs.
Moncada.—Expedicion de Catalanes y Aragoneses, contra Turcos y Griegos. 12 rs.
Padre Scio de San Miguel.—La Sagrada Biblia.—Nuevo Testamento. 4 t., 56 rs.
Saavedra Fajardo.—Empresas políticas. 2 t., 28 rs.
Santa Teresa de Jesús.—Vida de la Santa, escrita por ella misma. 14 rs.
—Camino de Perfeccion.—El Castillo interior ó las Moradas.—Conceptos del amor de Dios.—Poesías. 44 rs.
—Cartas, con notas de Fray Antonio de San José. 3 t., 42 rs.
—Cartas, con notas de Palafox y Mendoza. 3 t., 42 rs.
—El Libro de las Fundaciones. 14 rs.
Trueba y Cósio.—El Castellano ó el Príncipe Negro en España. 2 t., 28 rs.

AUTORES EXTRANJEROS.

- Aimé-Martin.—Educacion de las madres de familia. 2 t., 23 rs.
Ariosto.—Orlando Furioso. 3 t., 42 rs.
Arlincourt.—El Peregrino. 14 rs.
—La Estrella Polar. 14 rs.
—Los Eslabones de una cadena. 12 rs.

EN PUBLICACION. — *Obras de Camilo Flammarion, de Luis Figuier y de Andrés Pezzani.*

- Arlincourt.—Los Tres Reinos. 44 rs.
Beecher Stowe.—La Cabaña del Tío Tom. 42 rs.
Blanc.—Historia de Diez años, ó sea de la Revolucion de 1830 á 1840. 7 t., 98 rs.
Gretineau-Joly.—Historia de la Compañía de Jesús. 7 t., 98 rs.
Dante Alighieri.—La Divina Comedia. 10 rs.
Defauconpret.—Masaniello. 14 rs.
Devay.—Historia del Hombre y de la Mujer casados. 10 rs.
Descuret.—La Medicina de las pasiones. 2 t., 46 rs.
Duguet.—Tratado de los principios de la fe cristiana. 3 t., 42 rs.
Dumas.—Teatro. 1.^a série. 14 rs.
Du-Puy.—Instruccion de un padre á su hija. 42 rs.
Fénéon.—Aventures de Télémaque. 12 rs.
Filipon y Huart.—La Parodia del Judío Errante. 2 t., 30 rs.
Flammarion.—Dios en la naturaleza. 12 rs.
Gloja.—La Ciencia de querer y de ser querido. 14 rs.
Goethe.—Fausto, poema. 42 rs.
Grossi.—Marcos Visconti. 14 rs.
Guizot.—Historia de la Civilizacion en Europa. 44 rs.
Harrison.—La Torre de Londres. 2 t., 28 rs.
Hildreth.—El Esclavo blanco. 42 rs.
Jorge-Sand.—Lella-Espirdion. 2 t., 28 rs.
Leynadier.—Historia de la Revolucion de Francia en 1848. 12 rs.
Mignet.—Antonio Perez y Felipe II. 12 rs.
Saintine.—Historia de la hermosa Cordelera. 42 rs.
San Alfonsi Maria de Ligorio.—Lexicon Theologiae Moralis. 14 rs.
Silvio Pellico.—Mis prisiones y Deberes del hombre. 44 rs.
Stolberg.—Historia de Nitro. Sr. Jesucristo. 2 t., 28 rs.
Soubié.—Sataniel: Novela histórica. 14 rs.
Sue.—Martin el Expósito. 5 t., 66 rs.
—El Castillo del Diablo. 14 rs.
—El Judío Errante. 7 t., 98 rs.
—Los Misterios de Paris. 5 t., 70 rs.
—Arturo. 2 t., 28 rs.